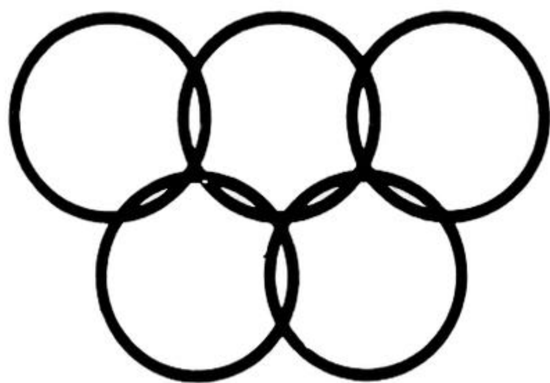


MANOS VACIAS

Lem Ryan



COLECCION
DOBLE JUEGO



LEM RYAN

MANOS VACIAS

Colección
DOBLE JUEGO n.º 44
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048 5
Depósito legal B 39 131 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero. 1983
2.ª edición en América: julio. 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

El viento aulló con fuerza entre las copas de los árboles, agitando las hojas con violencia, mientras la noche, con su manto de oscuridad tras de sí, envolvía el ya lívido cielo de la campiña británica. La luna, como es corriente en las frías y húmedas noches de las islas, en pleno invierno casi, surgió pronto en la cada vez más oscura bóveda celeste.

No había niebla, por fortuna, cosa que facilitaba la visión de Gary Simpson, que, enarbolando nervioso su linterna, enfocaba con ella cuanto se hallaba ante él, temiendo algo... Ni siquiera él sabía qué.

Su «Austin» estaba cerca, infundiéndole seguridad con su metálica carrocería, como un último recurso a utilizar en previsión de algún posible peligro. Pero ni aun así se sentía tranquilo. Ni siquiera sintiendo en su zurda, hundida en el bolsillo de su chaqueta, la frialdad de un negro y chato revólver.

Sabía que estaba cerca. Muy cerca.

Quizás... quizás tras él.

Dio media vuelta, sobresaltado, con los nervios a flor de piel, tras sentir en su nuca un cosquilleo peculiar. Escudriñó las sombras, súbitamente taladradas por la claridad lechosa desprendida por la linterna.

No vio nada. Sus ojos no podían traspasar las tinieblas más allá del alcance de su lámpara portátil. Eso le puso aún más nervioso.

Intentó serenarse, diciéndose a sí mismo que era una tontería cuanto pensaba, reprochándose a sí mismo su medrosa actitud. Suspiró, en un intento desesperado de alejar sus temores.

¿Por qué estaba allí?

¿Qué le impulsó a acudir a aquella misteriosa cita, sin saber, sin reflexionar...?

Él lo sabía: el temor... Cuatro tonterías sin sentido escritas en un papel vulgar provocaron esa reacción. El miedo se desató en él. Un miedo guardado durante muchos años. Tantos que apenas recordaba...

Empuñó con decisión su revólver, sacándolo del bolsillo donde estaba. Su peso contribuyó a aliviar la tensión que sentía. Siguió avanzando, siempre alumbrado por el cono luminoso de la linterna.

Pero, de pronto, la luz arrancó destellos a *algo,* un veloz objeto de brillo metálico que avanzó, fulgurante, hacia su diestra. No tuvo tiempo de nada. La velocidad con que fue lanzado *aquello* dejó inmóvil a Simpson.

Se oyó el característico chasquido de un vidrio al romperse y Gary Simpson se encontró de pronto sin luz, con la lámpara destrozada por el

centelleante objeto.

Dejó escapar un gemido. Su miedo le obligó a disparar, aunque no sabía hacia dónde. Un estampido sordo llenó el aire, rompiendo el silencio del bosque y provocando la asustada huida de los roedores y aves que lo habitaban. El olor a pólvora quemada hirió su olfato.

Se tiró al suelo, aferrando con dedos crispados la culata y gatillo del revólver que empuñaba... Transpiraba como un cordero degollado, sintiendo la viscosa humedad del sudor empapando su frente.

Su muñeca derecha tocó algo metálico, afilado. Quizás el arma empleada por su desconocido y oculto atacante para inutilizar su linterna.

Lo cogió, siempre alerta. Quedó sorprendido. Desde luego, su conocimiento sobre las armas orientales era escaso pero, aun así, no era tan ignorante como para no reconocer aquella pequeña estrella de acero, con ocho afiladísimas púas bordeando su plana y dura superficie. Un arma peligrosa en manos de un experto, capaz de causar la muerte instantánea a cierta distancia.

Era un *shuriken*: la legendaria arma antaño utilizada por los guerreros nipones, ahora usada como complemento adicional por los practicantes de Artes Marciales.

Se estremeció. Sabía que normalmente las erizadas púas de ese tipo de armas estaban llenas de una ponzoña potentísima, capaz de matar a un hombre en cuestión de minutos.

No era este el caso. El *shuriken* estaba limpio de veneno, cómo pudo comprobar al tocarlo con sus dedos, más sensibilizados que de costumbre a causa del miedo.

Se levantó con rapidez. Estaba claro que su desconocido atacante no tenía muy buenas intenciones. Y él tampoco poseía el suficiente valor y habilidad para enfrentarse a un hombre capaz de manejar con desenvoltura un arma como los *shuriken.*

Por eso corrió, intentando llegar hasta su automóvil, que le esperaba con la puerta del conductor abierta. Pero no lo consiguió. Se lo impidió un fulgor cegador y un horrísono estrépito que de pronto surgieron en el lugar en el que debía encontrarse su automóvil, barriendo las tinieblas durante breves momentos, y le obligaron a tirarse al duro suelo lleno de piedras y matojos.

¡Su coche había explotado!

Cuando, segundos más tarde, todo acabó, solo quedaba de su espléndido y brillante «Austin» un montón de metal retorcido y humeante, con las llamas lamiendo su ya ennegrecida superficie.

Quedó anonadado, sintiendo de repente un súbito terror que jamás antes experimentó.

De repente, sus posibilidades de fuga habían quedado reducidas

prácticamente a cero. Quedaba, pues, enfrentarse a su atacante para salir airoso de la situación. Confiaba en que un par de disparos le pondrían en fuga.

Esperó, notando que el corazón brincaba como alocado en su pecho. Las sombras parecían más oscuras que antes, más tenebrosas, como si una presencia maligna se ocultase tras ellas. Pero no notaba nada. Los arbustos ni se movían. No se oía ni el chasquido de una rama al ser pisada.

Eso contribuía a que aumentase su miedo.

Siguió tendido en el suelo, sabiendo que de esa forma sus posibilidades, si su atacante se hallaba a distancia, eran mayores. Miró hacia atrás, temiendo un ataque traicionero. Y entonces sintió un tirón en su mano.

El revólver, como algo vivo, huyó de ella con brusquedad, gracias al silbante y alargado cilindro que impactó contra él.

Una flecha.

La pistola se perdió en la oscuridad. Presa del pánico, se levantó de un salto y salió corriendo como perseguido por todas las huestes infernales, sin saber lo que hacía. Le dominaba el terror.

No tenía ya ninguna posibilidad. Estaba perdido.

Otra flecha silbó, impulsada con gran fuerza por un potente arco invisible, y un súbito e insoportable dolor en su muslo derecho hizo que mordiera el polvo. Desesperado, intentó con frenesí arrancar la todavía vibrante saeta, sin conseguirlo. Penetró hondo, hasta casi atravesar el hueso. El arco debía ser muy poderoso.

Casi arrastrándose, gimoteando asustado, intentó alejarse aún más.

Fue entonces cuando vio a su hasta entonces invisible atacante, ante él, casi fundido con las sombras por su ropaje negro. Oyó algo. Una risa mal contenida o algo parecido.

El misterioso personaje de negro atavío nada dijo, permaneció silencioso tras ser escuchado aquel sibilante murmullo tan parecido a una risa, Gary le miró, patético, implorando piedad con los ojos.

Algo brilló en las enguantadas manos de aquella sombra humana. Algo acerado a lo que la luna arrancaba destellos con facilidad. Una hoja afilada, larga y curvada, que no presagiaba nada bueno.

En las manos expertas de aquel hombre, capaz de manejar con gran habilidad tanto las formas estrelladas de los *shuriken* como los potentes arcos del *Kyudo,* un *Kuo-shu,* o arte marcial japonés, la *katana* o sable curvo podía ser un arma temible.

El sable se alzó, asido por dos manos enfundadas en negro. Gary miró el ascenso de la hoja. Ni siquiera intentó defenderse. Sabía que era inútil. Pero quería saber...

—¿Por qué? —preguntó, tembloroso.

No obtuvo respuesta. Jamás supo por qué moría, aunque más o menos

tenía una idea. Cuatro tonterías escritas en un papel vulgar...

* * *

—¡*Hajime!*[1]

Tras la orden del *Sensei,* la lucha comenzó. Ambos luchadores, tras efectuar el *Rei,* o saludo de *Karate,* símbolo de la cortesía siempre presente entre dos combatientes, abandonaron su *Fudo-dechi,* o posición inicial, y se concentraron en la lucha.

Ambos eran 2.° *Kyu,* es decir, cinturón marrón, y aspiraban al primero. Si querían conseguirlo debían efectuar una buena pelea. No importaba vencer. Lo importante era que el *Sensei,* el profesor, viese una buena actuación y considerase merecedor a ambos para subir de grado.

Primero midieron sus fuerzas con algunos ataques rápidos en *tsuki,* dando vueltas el uno alrededor del otro, esperando el momento apropiado. Entonces, el más joven, una preciosa y menuda japonesa con un gran historial en el *Budo,* que llevaba poco tiempo en aquel gimnasio —dos meses aproximadamente—, atacó, fulgurante. Su contrario, un fornido moreno de frondoso bigote, apenas pudo ver el rapidísimo *Mawashi-Geri,* o patada circular, dirigido al hemisferio izquierdo de su cara y pararlo con *Uchi-Uke.*

Tras esto, el contrincante masculino reforzó su guardia manteniéndola alta para evitar que la nipona, con su agilidad, pudiera endosarle una patada de funestas consecuencias en el rostro. Contraatacó a su vez, propinándole un colosal puñetazo en *Shita-Tsuki* en la boca del estómago.

La japonesa trastabilló, dolorida por el impacto. Pero, siendo *Shodan,* es decir, cinturón negro de *Judo,* marrón de *Karate* y teniendo alguna idea de lo que es el *Aikido,* Keisho Ozawa estaba más que acostumbrada a tales golpes y su vientre podía resistir sin dificultad aquel. Por eso reaccionó enseguida, mientras su contrario continuaba demasiado cercano para esquivar.

Sin dudarlo, golpeó con *taisho,* la base de la palma de la mano, contra el esternón de su fornido adversario, obligándole a retroceder un paso. Entonces, su pierna izquierda se disparó en un *Mae-Geri* impecable, alcanzando su mandíbula.

Pero no paró, viendo la fortaleza de Tomas Coleman, el hombre que se enfrentaba contra ella. Apenas tocar el suelo de nuevo, hizo un espléndido *Mawatte* o giro sobre sí misma y propinó un terrible *Ushiro-Mawashi-Jodan-Geri,* patada muy efectiva en los combates, circular y de espaldas, que Coleman solo paro en parte, siendo tumbado por la formidable potencia del golpe de Keisho.

Y entonces se oyó la potente voz del *Sensei:*

—¡*Yame!*[2]

Y los dos pararon, Coleman se levantó, imitando después a Keisho, que ya adoptaba la posición *Fudo Dachi* y saludaba.

—Has hecho una pelea fenomenal, Keisho —oyó la linda japonesa.

Donald Halloway, *Yondan* de *Karate* y, por tanto, *Sensei* dentro de aquella escuela de Artes Marciales, se acercó a ambos, sonriente. Miró el rostro aceitunado de la bella nipona y comentó:

—Sí, una gran pelea. Mereces el primer *Kyu,* no hay duda —se dirigió después a Tom, serio—. En cuanto a ti, no sé lo que puede sucederte pero confiaba en que te emplearías a fondo en el combate.

—Lo lamento, *Sensei* —se disculpó el joven—. No estaba preparado para este *Kumite*[3].

Y, sin decir más y tras saludar en *Sensei Ni Rei,* se alejó hacia los vestuarios, cabizbajo.

—Bien, Keisho —volvió a recuperar la sonrisa el joven profesor—. Enhorabuena. Puedes colocar una rayita a tu cinturón y comenzar los entrenamientos para llegar al negro.

—Eso haré en cuanto salga —sonrió también la morena oriental.

—Eres una gran luchadora, Keisho. Cinturón negro de *Judo,* marrón de *Karate*... ¿Por qué dejaste el *Judo?*

—No lo dejé —contestó—. Sólo quise saber otras facetas de las Artes Marciales. No quería quedarme encasillada en el *Judo* sino probar otras formas de combate para perfeccionarme.

—Así deberíamos pensar todos —opinó el joven—. Yo, sin embargo, quiero seguir haciéndome más experto en el *Karate.* Quizás después haga lo mismo que tú.

—Sí, quizás...

—Bien, la clase terminó con vuestro examen y son las diez y cuarto. Aún tenemos que cenar. ¿Qué te parece si lo hiciéramos juntos?

—Me encantaría —su sonrisa se hizo más acentuada.

—Entonces, cámbiate rápido, muchacha. Te espero.

Salieron ambos del *Tatami,* el lugar acolchado donde se practican normalmente las Artes Marciales, saludando al *Kanku,* o emblema del *Karate,* que representa todas las ambiciones espirituales del *karateka.* Cada uno fue a su vestuario.

Halloway encontró en el suyo, terminando ya de vestirse tras una breve pero refrescante ducha, a Tomas Coleman, su alumno.

—Espero que pronto te encuentres en las condiciones necesarias para hacer el examen, Tom —deseó—. Keisho es muy buena y encuentro lógica tu derrota. Pero, a pesar de todo, adivino que no te hayas en buen estado de ánimo. ¿Me equivoco?

—No, *Sensei* —contestó el joven alumno—. No se equivoca. Tengo problemas. Y gordos. Pero ya los resolveré.

—Deseo que eso sea cuanto antes —sonrió el *Sensei.*

—Yo también —suspiró y cogió su bolsa de deporte, donde estaba metido su atuendo blanco—. Adiós... y hasta pronto.

—Adiós.

Se quedó solo. Movió su rubia cabeza, preocupado por el comportamiento de uno de sus mejores alumnos. Últimamente. Tom estaba meditabundo y abstraído, en las nubes, como si no le interesase lo que hacía.

Se despojó del *Karategi,* el traje típico de los que practican este deporte quedando totalmente desnudo, y lo metió en su propia bolsa tras doblarlo de forma adecuada. Después, se metió en la ducha y abrió a tope el grifo, recibiendo en su bronceada piel el frío contacto del agua que, aunque estaba tibia, en esa época del año parecía provenir de los polos.

No cantó. Sabía que en otras secciones del gimnasio continuaban las clases y no deseaba hacer el ridículo. Gracias a eso, oyó, tras la pared lateral, la caída del agua en los vestuarios femeninos.

Sonrió. La señorita Ozawa estaría duchándose en ese preciso instante. Comprobó con cinismo que le gustaría tener en esos momentos un berbiquí entre las manos.

Un agujerito en la pared y...

Intentó imaginarse desnuda a la menuda y en apariencia frágil japonesita que tuvo el placer de conocer dos meses antes. Más o menos podía hacerse una idea por las muchas veces que la vio, con sus formas deformadas por la anchura antiestética del *karategi.* Delgada, pechos pequeños pero du ros, cintura de ánfora, piernas bien torneadas, pies pequeños...

Se alarmó ante las consecuencias que traía consigo su propia imaginación. Por eso intentó apartar de sí tales pensamientos. Podía resultar comprometedor.

Cerró el agua, saliendo inmediatamente mientras se secaba todo lo rápido que podía. Después, sin más dilaciones, se colocó las ropas de calle, mucho más incómodas que las deportivas, desde luego, pero imprescindibles con el frío reinante. Se enfundó los *jeans,* se calzó las zapatillas de deporte, cómodas y livianas, se abotonó la blanca, impoluta camisa y, por último, se puso la negra cazadora de cuero, sin cerrarla.

Y esperó.

Minutos más tarde salía Keisho Ozawa, también con *jeans* gastados y casi totalmente desteñidos, una blusa estampada y un chaquetón de piel marrón que se estaba abotonando.

—Hace frío —se estremeció la joven asiática.

—Así son las islas, mi bella extranjera: lluvias frío y niebla —ironizó el *budoka*—. Los grandes atractivos de la madre de todo un imperio colonial.

—Es usted mordaz con su propia patria, *Sensei* —casi rio Keisho.

—Me llamo Donald, Keisho —rectificó el joven—. Sólo soy *Sensei* en el *tatami.* Y aquí no estamos en el *tatami* sino en una ciudad a punto de dormirse, en una gran urbe rodea da de niebla y humedad contra la que nada pueden nuestras habilidades.

—Le veo raro... Donald —se fijó la japonesa.

Comenzaron a caminar.

—Nunca terminé de acostumbrarme a las frías y brumosas noches de mí país. Me ponen... triste, melancólico. No se parecen en nada a las de Japón, el país del Sol Naciente.

—¿Estuvo usted en Japón? —pareció sorprendida.

—En varias ocasiones: la primera fue por un campeonato de *Karate* en la que representaba a Inglaterra dentro de un equipo de grandes luchadores, Japón me pareció maravilloso y desde entonces he ido siempre que puedo.

—¿Ganó usted?

—¿Cómo dice?

—Si ganó usted a su adversario en el campeonato.

—Ah... Sí, le noqueé a los seis minutos de combate con un *Mawashi-Tobi-Geri*[4].

—¿Y después? ¿Por qué volvió?

—Motivos personales. Aquella tierra me encantó, me enamoré de ella. ¿Y usted? —se volvió para mirar sus negros ojos—. ¿Por qué vino a esta húmeda tierra, tan mala para el reuma?

—Negocios —respondió.

Donald se volvió, sorprendido, parándose.

—¿Qué edad tiene?

—¿Yo? Veintiuno. ¿Por qué?

—¿Veintiuno? ¿Y de negocios en este país? —le parecía inverosímil.

—Oh, no. Los negocios son de mí padre.

—Ah, claro. Debí pensarlo —reanudó la marcha hacia el restaurante donde habitualmente cenaba—, ¿Ha venido con sus padres?

—Así es. Por eso dejé el *Dojo* japonés donde practicaba y entré en el suyo, el *Kami*.

—Lo comprendo —cerró la cremallera de la cazadora al levantarse una gran ventolera. La humedad se cuajó en su cara, empapándola. Sus cabellos seguían mojados—. Y, dígame... ¿En qué trabaja su padre?

—Es dueño de una compañía naviera.

—¿Una...? —se atragantó.

—Es pequeña, no crea. No debe asustarse.

—Vaya, yo cenando junto a una muchacha bien acomodada. ¿Qué digo acomodada? Debe dormir sobre billetes.

—No tanto —rio la joven Ozawa—. Pero me permite costearme los

gastos de un buen gimnasio... bastante caro, por cierto.

—Eso no es cosa mía —levantó los brazos como diciendo: «regístreme»—. *Kami* es más que un gimnasio. Es una cooperativa. Somos un grupo de personas dedicadas al deporte que nos hemos unido, comprando un local, pertrechándolo de forma adecuada, y poniéndolo al servicio de los socios que deseen aprovecharse de sus instalaciones. El precio, por tanto, también se estableció en conjunto.

—Lo comprendo. Y no me quejo. Es un gran gimnasio.

—¿Cuándo volverá a Japón?

—No lo sé. Mi padre tiene algunos proyectos aquí y hasta que no los vea cumplidos no regresaremos.

Por fin, llegaron al pequeño restaurante donde Donald Halloway solía cenar tras la salida del gimnasio. Era un bonito local cuyo interior estaba decorado al estilo Victoriano, dando un aire antiguo que no poseía el restaurante por sí solo.

Cenaron bien, pero siempre pensando que ambos eran deportistas y no podían permitirse abusos que acabarían en poco tiempo con lo conseguido a lo largo de muchos meses. Hablaron mucho y rieron los continuos e ingeniosos comentarios del joven *budoka* británico.

Por fin, ya pasadas las doce, salieron a la calle. Hacía mucho frío, Donald subió hasta arriba la cremallera de su cazadora.

—¿Está cansada? —quiso saber, al darse cuenta del silencio de Keisho.

—Un poco —respondió la *budoka*—. Por mucha que sea nuestra experiencia en la lucha, un examen siempre cansa. Y el de hoy fue agotador.

—Puedo llevarla hasta su casa, si quiere —se ofreció.

—No es preciso. Tengo mi automóvil cerca.

—Bien, en ese caso, aquí nos separamos. Vivo relativamente cerca del gimnasio.

Se despidieron hasta el día siguiente, emprendiendo después el camino que debía llevarles hasta sus respectivos hogares. Donald se perdió de su vista al doblar una esquina.

Sus exóticos labios se curvaron en una sonrisa.

Aquel hombre llegó a gustarle. Era noble, sincero y simpático. Esas cualidades, unidas a su apostura y masculina belleza y a su poderío físico, de auténtico luchador, podían hacerle irresistible para muchas mujeres. Y no le extrañaba.

Se paró de pronto, con los sentidos alerta. Alguien la seguía. Podía escuchar sus pasos con facilidad. Por el sonido, adivinó que no era uno solo.

Eran dos.

Se volvió, girando sobre sí misma, en lugar de continuar hasta su

automóvil.

Ante ella había dos jovenzuelos de desordenadas greñas y gesto burlón, mirándola, casi relamiéndose al contemplarla. Ambos vestían cazadoras tejanas llenas de chapas y emblemas. Incluso le pareció advertir alguna cruz gamada entre ellos.

—¡Hey, mira la chinita, Nicki! —dijo uno de ellos, dirigiéndose a su compañero—. ¿Te has fijado? ¡Cómo está...!

—Chico, para parar un tren —comentó el otro, de cabellos más oscuros que los de su compañero—. Está cantidad de buena.

—Siempre me han gustado las chinas. Desde muy pequeñito soñé con disfrutar de los encantos de alguna.

—Ahora tienes tu oportunidad, muchacho —dijo el llamado Nicki—. Bien, chinita... ¿Te mostrarás amable con nosotros y harás lo que te pidamos o tendremos que ponernos duros? Te aseguro que si cooperas lo pasarás en grande.

Mientras hablaban, se acercaban cada vez más a Keisho. Pero ella continuaba impertérrita, con su inescrutable rostro totalmente hermético, sin revelar ninguna emoción.

—No os resultará tan fácil —avisó, mientras medía mentalmente sus posibilidades—. Soy muy dura de pelar.

—Vaya, yo creía que éramos nosotros los que amenazábamos. Bien, esto te mantendrá dócil —sacó una navaja automática, que chascó al ser presionado el botón que la ponía en funcionamiento, y una brillante hoja de acero apareció, desafiante.

El joven violador llamado Nicki se acercó aún más, con la navaja en ristre, y agarró el brazo izquierdo de la *judoka* mientras amenazaba:

—¡Ven aquí o te abro las tripas!

Keisho Ozawa no dijo nada. Nadie podía ayudarla pues las calles a esas horas estaban desiertas. Y el *bobbie* que vigilaba ese sector no estaba allí.

Decidió resolver la situación a su manera.

—Así me gusta, que seas obe...

No pudo decir más, Keisho, la joven *Shodan* de *judo,* actuó con una celeridad pasmosa, dejando fuera de combate a su presunto violador en cuestión de segundos, ante la mirada incrédula del compañero de Nicki.

Primero, su mano derecha se disparó, golpeando con su *teisho,* o palma, en la mandíbula a su agresor. Era un *atemi,* golpe realizado en un punto vulnerable, destinado a distraer y apartar al contrario. Después, esa misma mano agarró la solapa izquierda de la cazadora tejana, quedando ambos en una posición muy parecida a la que los *judokas* llaman *Kumi Kata,* o *guardia,* derecha. Entonces, efectuó una limpia, rapidísima proyección en *Morote Se Oi Nage*[5] que acabó en un estrepitoso aterrizaje.

Una vez en el suelo, le propinó un veloz *atemi* con el puño en el

kyusho, o punto vital, situado en el entrecejo.

Fue fulminante. El fracasado violador quedó inmóvil, totalmente inconsciente.

Siempre vertiginosa, la japonesa giró de nuevo, encarándose al aturdido y perplejo camarada del derribado, que ya sacaba su propia navaja. Pero esta no era automática. A pesar de ello, el joven demostró tener gran experiencia con tales armas.

No llegó a utilizarla, Keisho barrió el brazo armado con el suyo, dejándole prácticamente indefenso. Después, un rodillazo en los testículos completó su acción.

Dejó a ambos inconscientes y se dirigió a su coche. Calculaba que continuarían en ese estado durante un par de horas y estaba decidida a llamar a la policía nada más entrar en su casa.

CAPÍTULO II

La llamada le despertó a horas intempestivas. Exactamente a las cuatro de la mañana.

El teléfono sonó con insistencia repetidas veces, llenando con su estridencia el silencio de la habitación, hasta que no tuvo más remedio que levantarse, temiendo que los vecinos le llamasen la atención.

—Si no fuera por ellos, lo mandaba a freír morcillas —comentó, irritado, con la mente todavía nublada por los irresistibles vapores del sueño.

Donald Halloway descolgó el auricular y se lo llevó al oído, dominando la tentación de tirarlo por la ventana.

—¿Sí? —consiguió decir, bostezando—. Donald Halloway a la escucha.

—¿Donald? —se oyó a través de la electricidad una voz femenina, preocupada—. Soy Karen.

—¿Karen? ¿Qué Karen? —recordó de pronto—. ¡Ah, Karen, claro! ¿Qué mosca te ha picado, hermana mayor?

—Perdona que te haya llamado a estas horas, Donald, pero...

—No te preocupes —bromeó—. Estoy acostumbrado a despertarme todos los días a las cuatro de la madrugada. ¡Ooouuaaa...! —bostezó.

—Cuánto lo siento, Donald. Pero no podía aguantar más tiempo.

—Dime de una vez qué pasa.

—Es Gary —respondió la voz con inflexiones metálicas del teléfono.

—¿Ya le has pillado con alguna fulana? Si ya decía yo...

—No es eso, Donald. Es de verdad. Estoy preocupada por él. Hace dos días que no aparece por casa.

—Estará de juerga —rio el *budoka,* sin tomar en serio los temores de su hermana, fiaren Halloway.

—No te he llamado para escuchar idioteces —replicó ella, incisiva.

—Está bien —suspiró el joven—. Iré cuando me sea posible. Al menos, ¿me dejarás dormir un par de horas?

—Ven cuando quieras, pero ven... por favor.

—No te preocupes —la animó—. Seguro que son tonterías de mujer enamorada.

—Ojalá fuera eso, Donald. Ojalá...

* * *

—Sí —respondió liaren Simpson a la pregunta segundos antes formulada por su hermano, Donald Halloway—, es algo más que un presentimiento. Estoy segura, Donald.

—Pero... ¿Qué te hace pensar eso? —se impacientó su hermano—. ¿No sabes, no sospechas siquiera, dónde puede estar?

—No —contestó, a punto de derrumbarse su carácter valeroso y firme —. Vino preocupado del bufete. Lo noté pero no dije nada, pensando que serían los problemas propios de su trabajo los que le mantenían ausente. Después, abrió una carta que llevaba consigo, soltó una maldición y se marchó, sin despedirse siquiera.

—¿Y la carta? ¿Dónde está?

—Se la llevó.

Intentando tranquilizarla, opinó:

—Bueno, que se haya marchado de casa un par de días no es motivo para alarmarse. Quizás tenía algo urgente que hacer.

—Vi cómo cogía su revólver.

Donald no se atrevió a decir nada durante unos tensos segundos.

—¿Has llamado a la policía?

—No, estoy segura de que no me harían caso. Además, lo único que me hizo pensar en algo grave, fue... esto —enseñó a su hermano lo que hasta aquel momento ocultaba en la diestra.

Era un tapiz de seda negra, pequeño, cuadrado. Con un extraño bordado: una sonriente, casi burlona calavera, que parecía mirarle con fijeza, de hilo plateado. Y sobre la calavera, un nombre: Gary Simpson. Y bajo el nombre, un extraño ideograma japonés, que nada significaba para Karen Halloway, pero que resultaba harto revelador y trágico para el joven *karateka* que tenía por hermano.

Allí ponía: MUERTE.

* * *

—No, aún no sabemos nada del señor Simpson —informó el jefe de policía Clark Dikens—. Pero esperamos tener muy pronto noticias.

—Eso espero —dijo Donald y colgó, cortando la comunicación con Dikens, el todopoderoso jefe de los *policemen* londinenses, de *New Scotland Yard.*

Bufó, disgustado. Tres días y las pesquisas de la policía no daban resultados palpables.

«Está visto que si quiero conseguir algo, tengo que usar mis métodos», pensó.

El recuerdo se avivó en él, espoleado por las circunstancias. En su mente vio un cuerpo de mujer, bañado en sangre, por la que él no podía hacer nada.

«No —pensaba—. No debo dejar que el pasado influya en algo tan importante. Debo hacerlo, si quiero volver a mirarme la cara en el espejo cada vez que me afeite. Tengo que ver a Ted».

Decidido, salió de su casa.

* * *

—¡Donald, viejo bribón! —exclamó Ted Rogers, detective privado y compañero del rubio *budoka* durante mucho tiempo—. ¿Qué tal te va?

—Psé... Vamos tirando —logró responder, tras recuperar el aliento después del mortal abrazo de oso con el que le saludó—. El *Kami* marcha viento en popa.

—¿El *Kami*? —intentó recordar el gigantesco hombretón—. ¡Ah, ya! El gimnasio, ¿no?

—Así es. Allí es donde enseño todo lo que sé.

El camarero del bar donde se hallaban se acercó.

—Pon un par de pintas, Willie —Miró a Donald—. Ya sé que eres abstemio pero por una vez no creo que te vayas a morir.

Donald se resignó.

—Está bien, señor —apuntó algo en su libreta de cuentas—. Pero no me llamo Willie, sino Arthur.

Se marchó, mascullando algo por lo bajo, mientras el bueno de Ted asaeteaba a preguntas a su amigo, al que hacía mucho tiempo que no veía.

—¿Y qué te trae por aquí? —preguntó, por fin—. Supongo que no viniste hasta aquí para ver mi linda cara. No eres de esos.

—Me conoces bien, ¿eh?

—Mejor que tú mismo. Anda, cuenta.

—Se trata de un favor, Ted. Quiero contratar tus servicios, *pesquisa.*

—No me llames *pesquisa.* No me gusta. Así que quieres que te saque

alguna castaña del fuego...

—No es exactamente una castaña. Se trata del marido de mí hermana.

—¿Qué tripa se le ha roto?

—Ha desaparecido.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Hace cinco días que no aparece por casa y el día que se marchó recibió una amenaza de muerte.

—Feo asunto —opinó el detective—. ¿Lo sabe la *poli*?

—Sí.

—¿Entonces por qué vienes a mí? Ellos lo resolverán.

—No quiero quedarme cruzado de brazos, comiéndome las uñas y tirándome de los pelos esperando una llamada de la policía. Son lentos hasta la exasperación.

—¿Y qué quieres que hagamos nosotros?

—Muchas veces tuvimos asuntos peores que resolver. Y, sin falsa modestia, creo que lo hicimos bastante bien.

—Eran otros tiempos —bebió un trago de cerveza—. Desde *aquello* nos hemos oxidado. Tú ya no eres el mismo *karateka* cabezón de entonces. Ni yo soy un Sherlock Holmes sin pipa, como solías llamarme. Hemos cambiado.

—No lo discuto. Pero sigo siendo su cuñado y no puedo soportar ver a mí hermana de ese modo. Está hundida.

—Bueno... —dudó un instante—. Por mí parte, conforme. Pero... ¿y tú? ¿Estás seguro de que quieres hacerlo, quiero decir, volver a los viejos tiempos? Tras lo sucedido...

—He vivido mucho tiempo torturado por ese recuerdo, pensando que era mía la culpa de la muerte de aquella inocente mujer. Con los años, pienso de modo diferente a entonces. Yo no disparé el gatillo. Estaba demasiado lejos para ayudarla. Y el disparo dirigido a mí, encontró otro cuerpo en su camino. Un simple accidente que costó la vida a un ser humano.

—Juraste retirarte de la vida de aventurero —le recordó Ted.

—Sí, decidí luchar contra la injusticia y el mal de otra manera. Por eso me instalé en un *dojo*[6], pera enseñar la filosofía que encierran las Artes Marciales. Pero las circunstancias cambiaron.

—Está bien, entonces —declaró el detective, tendiendo su mano hacia Donald, que la estrechó con fuerza.

* * *

Taro Ozawa estaba preocupado.

Primero fue la noticia de la desaparición de Gary Simpson. Después, descubrir que su hija practicaba en un *dojo,* con un maestro que antaño

tuvo fama de aventurero y metomentodo. Y, por último y para rematarlo, las complicaciones surgidas en el transporte de cierta mercancía sudamericana.

Sí, había suficientes motivos para estar preocupado.

Esa fue la razón que le impulsó a salir en plena noche hacia el embarcadero donde estaba uno de sus cargueros, no demasiado grande pero suficientemente como para aportarle bastantes buenos dividendos en la próxima carga.

Dejó el coche en Victoria Embankment, donde las luces le daban un extraño color azulado verdoso. Al bajar, la niebla, allí más densa por la proximidad del ancho caudal del Támesis, se enroscó por sus piernas, como una serpiente gaseosa que quisiera subir por sus pantalones. Apenas se veía.

Dio manotazos al aire, como si con ese acto pueril pudiese apartar el espeso cortinaje natural que le impedía la visión. Pero no consiguió nada.

No le gustaba Londres. Demasiada niebla y humedad. Ni siquiera se veían las estrellas. Por eso deseaba terminar sus negocios allí cuanto antes.

Alzó el cuello de su chaqueta al sentir un súbito escalofrío.

—¡Maldita sea! —se enfadó aún más.

Pensaba que un paseo despejaría su cabeza y en realidad se sentía peor.

El maldito Londres...

Volvió la cabeza al escuchar un estrepitoso sonido tras él. Algo huyó, perdiéndose entre las espesas brumas, convirtiéndose en un borrón amorfo.

«Algún gato», pensó. Seguramente tiró de forma involuntaria un cubo de basura y el ruido le asustó.

Siguió andando, procurando no alejarse mucho, mentalmente a millones de años-luz, abstraído por completo. Por eso no advirtió la borrosa figura que le seguía a corta distancia, oculta entre las sombras, como si formara parte de ellas, siendo de su misma naturaleza.

—Taro Ozawa —oyó una voz ronca, disfrazada, indefinible.

Se paró, impresionado, girando poco a poco.

¿Quién podía saber su nombre en aquella ciudad?

Quizás fuera alguno de los hombres que contrató.

No, estaba equivocado. Se dio exacta cuenta de ello al ver tan cercana la confusa figura de negro atavío.

Parecía...

No, no podía ser.

Resolvió salir de dudas.

—¿Quién es usted? —preguntó en inglés.

—Para ti soy... la Muerte —rio el misterioso personaje.

—¿La Muerte? ¿Qué broma es esta? —se enojó el naviero.

—No es ninguna broma, Ozawa —volvió a recuperar su tono grave,

casi violento—. ¿No recuerdas? ¿Tan mala es tu memoria? Yo sí me acuerdo de ti: fue en el verano de 1970, hace diez años... Veo que ya comienza a venir a ti el recuerdo.

Taro Ozawa estaba lívido como una hoja de papel. El color oliváceo huyó de su rostro como por arte de ensalmo y sus almendrados ojos se abrieron por el terror que trae consigo la comprensión.

—No, no puede ser... —gimió—. No puede...

Pero lo era. El desconocido de oscuro atavío era prueba evidente de ello, casi tan tangible como el terror que sentía en esos momentos, cómo pudo comprobar al salir corriendo despavorido y sentir tras él la malévola presencia de aquel ser fantasmal, que casi no producía ruido alguno al correr.

El asesino era rápido, no cabía duda. Pronto estuvo pisando los talones a Taro. Y su ataque fue fulminante, mortal de necesidad.

En sus manos apareció algo sacado de entre sus ropajes que cobró repentina vida en ellas. Un objeto, un arma oriental consistente en dos cortos palos cilíndricos, de gran resistencia, unidos por una liviana y dura cadena. Otra arma mítica de los luchadores asiáticos, de gran fama por su efectividad.

Unos *Nunchaku.*

Sujetado por las expertas manos del misterioso individuo, aquel sencillo objeto se convirtió en un arma contundente, capaz de causar la muerte con un solo golpe bien aplicado.

Y así sucedió.

El cuerpo de Taro Ozawa cayó como un fardo, ya sin vida tras el salvaje impacto del *nunchaku,* dirigido en un ataque circular hacia el punto vital llamado *Komekami* o sien derecha. La fractura del cráneo fue instantánea. Y la muerte también. Jamás supo cómo moría.

* * *

—*Gus* —dijeron todos los alumnos al entrar en el *tatami,* descalzos y con los *kimonos* blancos, con cinturones de diferente color, al mismo tiempo que adoptaban *Fudo-dachi,* con los brazos en ángulo recto, el codo a la altura de la cintura y los puños cerrados, y saludaban, inclinando torso y cabeza, al *kanku.*

Después, ocuparon su lugar dentro del *tatami.*

—*¡Fudo-dachi!* —ordenó el *Sensei* o profesor.

Todos se pusieron en esa posición.

—*¡Otagu Ni Rei!*

Todos se saludaron entre sí.

—*¡Seiza!*

Los alumnos obedecieron al unísono, sentándose sobre sus propias

piernas, con las manos en la cara delantera de los muslos.

—*¡Moxo!*

Cerraron los ojos, concentrándose, cosa imprescindible en el *karate.*

Finalmente, Donald ordenó:

—*¡Moxo Yame!*

Abrieron los ojos, rompiendo la intensa concentración.

Tras una nueva orden, volvieron de nuevo a *Fudo-dachi* y empezaron la clase con unos minutos de gimnasia para calentar los músculos y fortalecerlos, para después pasar a la verdadera práctica de la lucha oriental llamada *karate.* Perfeccionaron las técnicas de pie y aprendieron algunos blocajes y golpes, insistiendo en su perfecta ejecución hasta el cansancio. Finalmente, llegaron a los *kata,* quizá la parte más difícil de toda la clase. Empezaron con algunas sencillas en las que participaron todos y acabaron en la llamada *Geksai-Dai,* una *kata* muy complicada que solo pudo practicar Tomas Coleman tras la perfecta ejecución realizada por Donald, con movimientos armónicos pero decididos y potentes, no exentos de elegancia[7].

Donald miró a todos los lados, mientras Coleman, el 2.° *Kyu,* repetía uno a uno todos los movimientos del *Geksai-Dai.* No vio, por mucho que lo intentó, a Keisho, cosa muy rara, pues no solía perderse ninguna clase.

Finalmente, acabó la clase. Los alumnos, sudorosos y cansados, abandonaron el *tatami* con rapidez, buscando encontrar las duchas vacías. Donald, cansado también, ni siquiera intentó entrar en los vestuarios. En lugar de eso, adoptó la llamada *postura del loto,* de *yoga,* relajándose físicamente y meditando.

Pasados algunos minutos, no muchos aunque no sabía cuántos, abandonó la meditación y se metió en los vestuarios, ya casi vacíos, se desnudó y se colocó bajo la ducha, que le pareció una bendición del cielo.

Luego, Kristie, la joven que se ocupaba de las tareas puramente administrativas del club, le llamó.

—Un tal Ted Rogers preguntó por ti por teléfono. Dijo que era importante.

Sin dudarlo, cogió el auricular del teléfono de la oficina y marcó el número de su compañero.

—Ted Rogers, *private eye* —oyó al otro extremo del hilo.

—Déjate de zarandajas, rico —bromeó el joven—. Soy Donald.

—¡Ah, hola, chico! Precisamente quería hablar contigo.

—¿Por teléfono?

—¿Es que no has leído el periódico?

—Nunca lo compro. ¿Por qué?

—Hay otro desaparecido. Las circunstancias son similares.

—¿Sí? ¿Quién...?

—Un japonés rico: Taro Ozawa.

* * *

—La cosa se complica, Keisho —miró los rasgados ojos de la bella oriental, que paseaba junto a él por las laberínticas calles de Londres—. Primero desaparece mi cuñado de forma misteriosa, dejando tras de sí solo el recuerdo y una extraña amenaza de muerte. Y, ahora, le sucede lo mismo a su padre.

—No comprendo nada, Donald, de verdad. Estoy confundida —ella se llevó las manos a la cabeza, mesándose los cabellos—. ¿Qué puede haber ocurrido con ellos? Estoy muy preocupada.

El joven *karateka* dirigió su vista al frente, aunque no podía ver bien gracias al «puré de guisantes» que desde hacía días enturbiaba la buena visión matutina de la metrópoli.

—No lo sé —fue sincero—. Todavía no, por lo menos. Pero haré lo posible por averiguarlo.

Keisho Ozawa se paró, mirándole con curiosidad.

—¿Es cierto todo lo que he oído de usted?

—¿Qué ha oído?

—Bueno —pareció azorada y pestañeó repetidamente—. Mi padre, al enterarse de quién era mi profesor, me ordenó cambiar de gimnasio, así que hice algunas averiguaciones.

—¿Y qué descubrió?

—No gran cosa —sonrió ella—. Que tiene buenas relaciones con la policía por colaborar con ellos, que los criminales le respetan y que posee un amigo que es detective privado.

—Es bastante como para hacerse una idea de lo que soy.

—Mi padre le llamo aventurero.

—Si solo fuera eso... Aventurero, caza-recompensas, detective, guardaespaldas... Todo eso fui. Y ahora, profesor.

—Debió ser una vida muy emocionante.

—Sí, no cabe duda. Fue emocionante. Pero también llena de amargura, frustración y muertes.

—¿Lo dejó?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Acaso no le gustaba?

—Sí me gustaba. Y me sigue gustando la aventura —pareció abstraerse en sus pensamientos, dichos en voz alta—. Siempre fui alocado y nervioso, incapaz de soportar la pasividad. Y, aunque entonces no era *Yondan,* ya el *karate,* su filosofía, el *Zen,* caló hondo en mi forma de pensar. Ansiaba ayudar a los demás, acabar con la injusticia, y, con la fuerza que proporciona esa convicción, decidí jugarme el cuello por mis ideales.

Durante una pelea, conocí a Ted Rogers, el detective que usted mencionó antes, y nos hicimos grandes amigos. Entre los dos, limpiamos mucha basura de esta ciudad... y de otras. Pero sucedió algo con lo que no contaba. Una mujer murió por mí causa, al recibir un tiro que iba dirigido a mí.

—Lo siento —Keisho inclinó la cabeza, como avergonzada.

—Sin embargo, no tengo más remedio que volver a esa vida, aunque un día me juré a mí mismo no hacerlo nunca más. Ahora, tengo doble motivo.

* * *

—Nada —respondió Ted Rogers, suspirando—. No encontré ni una sola pista. Pregunté a todos mis contactos, a Scotland Yard... y nadie parece tener ni la más remota idea sobre Gary Simpson y Taro Ozawa. Y menos sobre calaveras plateadas.

—Es extraño —Donald se rascó la barbilla, pensativo.

—Opino lo mismo. O nadie sabe nada, con lo que hemos de pensar que el asunto está muy bien guardado, o nos están tomando el pelo. He preguntado a todos y nada.

—A todos no —una dura sonrisa se dibujó en su cara—. Falta alguien.

—¿Quién? —intentó recordar.

—El *Doll's* —respondió Donald, mirando divertido la reacción de su amigo, que palideció intensamente.

—¿El *Doll's?* ¿No pensarás meterte ahí, verdad? Nos harían pedazos.

—Bueno, hemos envejecido desde la última vez que entramos allí pero supongo que sabremos arreglarnos. Quizás tú te hayas oxidado pero yo me entreno cada día y solo me falta un *Dan* para ser *Shihan*[8].

—No me vengas ahora con tus absurdas palabritas japonesas. ¿Qué es un *Shihan?*

—Un Maestro, el más alto grado que se puede conseguir en *karate.*

—Me alegro por ti. Eso significa que puedes tumbar a todo el que se te ponga por delante.

—Más o menos. Y el intenso entrenamiento que realizo cada día ayuda bastante.

—Está bien —se resignó el detective—. Iremos al *Doll's,* pero que conste que te avisé. Me llevaré el revólver por si las moscas.

* * *

El *Doll's* era un bar. Un pequeño y polvoriento estableci miento situado en una callejuela casi perdida del East End, en pleno Whitechapel, el escenario de los espantosos crímenes del ya casi mítico *Jack the Ripper,* el Destripador. Allí se reunía gente de la peor calaña imaginable: desde simples navajeros o rateros sin importancia, hasta tipos capaces de asesinar

a su propia madre por unas libras.

Tanto Donald como Ted eran conocidos dentro de la asfixiante atmósfera del bar, llena de humo de tabaco y olor a sudor humano. Muchas veces acudieron allí para detener o hacer «cantar» a alguien. Y, aunque había algunos novatos dentro que no hicieron caso cuando entraron, la mayoría se pusieron tensos al verlos.

Donald sonrió con dureza. Tras la barra, Clark *el Gordo* el dueño del establecimiento, estaba blanco como el papel Los había reconocido.

Ted miraba hacia todos lados, contento en el fondo de haber venido. Sabía que aquella noche sería inolvidable, como las de los viejos tiempos. Habría movimiento, estaba seguro.

CAPÍTULO III

Se acercaron a la barra y Donald se apoyó con indolencia en ella, sabiendo que su dueño, el mofletudo Clark, estaría temblando como un flan.

—Largaos —oyó su voz temblorosa.

—Vamos, vamos, Clark —se burló—. Sólo hemos venido a verte. Después de tanto tiempo...

—Sí, estábamos impacientes por saber qué era del viejo «gordito» que tanto nos ayudó en momentos de apuro —siguió el juego Ted—. Por cierto, estamos en cierto apurito...

—Y pensamos que quizás te gustaría ayudarnos.

—No sé nada —se apresuró a decir el gordo dueño del bar.

—No nos irás a dejar en la estacada, ¿verdad, bola de sebo? —Donald puso cara de niño al que se le niega un caramelo.

—Marchaos, os aviso... —amenazó Clark.

Donald y Ted se miraron. Sabían que no conseguirían nada por las buenas, por lo que pasaron a los malos modos.

—Está bien, gordo —insultó Donald—. Nos iremos.

El dueño del Doll's estuvo a punto de lanzar un suspiro que casi se tragó al oír:

—Pero después de que contestes a unas preguntas.

—Que contestarás, por supuesto —terció el *pesquisa*—. Y bien.

—O te sacudiremos como a una estera —juró el *karateka,* mirándole, sonriente.

Hubo cierto movimiento en las mesas más cercanas que fue claramente audible debido al silencio reinante desde que entraron, Ted Rogers, el investigador, vio brillar algo en las manos de algunos clientes.

—Tenemos problemas —anunció a su amigo.

Donald Halloway dio media vuelta tranquilamente, sin prisas, mientras los clientes, con ganas de camorra, de acabar con aquellos tipos, se incorporaban de sus asientos. Algunos esgrimían sus navajas. O botellas rotas. O bates de *baseball.*

—Te dije que habría problemas —le recordó Ted.

Halloway no dijo nada. Estaba concentrándose, midiendo mentalmente sus posibilidades, concibiendo un plan de ataque para salir con bien de la situación.

Las intenciones de los aguerridos clientes del Doll's estaban bastante claras. No podían dejar que ellos atacasen primero. Ni tampoco

conseguirían nada por la vía diplomática.

Por esa razón, resolvió atacar, con fría determinación, seguro de sus habilidades frente a aquellos hombres que solo confiaban en sus armas y sus torpes técnicas de lucha callejera. Y atacó, en un alarde de suprema potencia física y mental. De su garganta brotó un escalofriante grito, un potente *kiai,* símbolo de su concentración, de toda su atención centrada en la lucha.

—¡YYYYYAAAAA...!

Al mismo tiempo, saltaba. Ponía teda su fuerza en las piernas, actuando estas como poderosas catapultas que le hicieron hender el aire como una saeta disparada.

Su pie derecho, adelantado en aquel *Yoko-Tobi-Geri,* o patada lateral en salto, golpeó con gran fuerza el rostro del más adelantado, que cayó como fulminado, lanzando raudales de espumosa sangre por su boca y nariz, destrozadas por el impacto.

Ya en el suelo, golpeó con *Riken-uchi* a otro, rompiéndole el tabique nasal con el dorso del puño, mientras endiñaba un bestial *Kin-geri*[9] a un tercero, alcanzándole los testículos. Giró noventa grados y paró la furiosa acometida de uno más con un *Gyaku-Tsuki,* o puñetazo directo efectuado con la mano contraria al pie avanzado, alcanzándole en el *Hichu* o nuez de Adán con el *atemi,* golpe la mayoría de las veces mortal pero que en este caso no lo fue gracias al autocontrol del *karateka.*

Se agachó. Por encima suyo voló un individuo que momentos antes llevaba una navaja, ahora derribado por un colosal puñetazo de Ted Rogers que, aunque no practicaba ninguna de las Artes de lucha oriental conocidas por el nombre de *Budo,* se arreglaba bastante bien con el arma natural compartida por todos los pueblos del mundo, base también del propio *karate* al mismo tiempo que su *alma,* por así decirlo: los puños.

En pocos minutos, se convirtieron en dos huracanes sobre un montón de hojas secas, destrozándolo todo, derribando a cualquiera que se hallase delante. Tanto fue así que ganaron a los casi veinte hombres que allí había aunque, como es natural, ellos también recibieron.

Donald tenía la camisa casi hecha jirones, con numerosos surcos sangrientos en el cuerpo y un brazo dolorido por un terrible golpe dado con un bate. En cuanto a Ted... se puede decir que hacía bien estando sobre la barra. El chichón que tenía en la frente no le permitía estar en condiciones de permanecer en pie. Tenía un mareo espantoso.

El *budoka* británico, jadeante, se acercó a Clark, el dueño del bar, que les apuntaba con un revólver, repentinamente envalentonado por ello, aunque los demás estuviesen en las nubes, totalmente inconscientes o doloridos.

Donald ni siquiera le miró. Se agachó y, con toda tranquilidad, cogió la

pata de una mesa convertida en astilla tras la pelea. Después, se levantó.

—No podrás disparar, gordo. Los *bobbies* te oirían y pasarías un rato muy desagradable.

—No os acerquéis y así no dispararé —replicó el gordo, con súbitas agallas—. No comprendo por qué habéis regresado aquí después de tantos años.

—Yo te puedo responder —oyó la voz de Ted a su lado.

Clark *el Gordo* se estremeció. Un negro, pavonado «Magnum» le apuntaba. Un movimiento, alguna mala acción, y sus sesos adornarían las paredes.

—Tira ese juguete —ordenó el investigador.

Obedeció, como es natural. No le seducía la idea de perder la cabeza por tan poca cosa. Mejor, prefería no perderla por nada.

—Bien... ¿Qué deseáis? Además de destrozar el local, claro está.

—No seas estúpido, gordo —barbotó el detective, apartando de un manotazo la sangre que brotaba de su labio inferior, partido por algún golpe —. Si contestaras por las buenas, nada de esto pasaría. Maldita sea, siempre que venimos aquí pasa lo mismo.

—Preguntad —invitó el corpulento Clark—. Aunque debo avisaros de que no sé nada.

—¡Maldito imbécil! ¡Déjame, Donald, que le voy a romper los morros!

—Tranquilízate —recomendó el *budoka*—. Si le partes la boca no podrá hablar. Aunque —pareció pensárselo mejor— quizás tienes razón. Si de todas formas no nos contestará...

—Entonces, apártate —preparó el puño.

—¡No, no me peguéis! —lloriqueó «El Gordo»—. ¡Donald, no dejes que esta bestia se acerque!

—Si «cantas», conforme.

—¡Está bien! Os diré lo que sepa.

Donald suspiró. La comedia resultó, después de todo.

—¿Sabes algo de la desaparición de dos hombres? Uno es abogado y se llama Simpson, y el otro Ozawa, naviero. Responde.

—¿Has dicho... Simpson?

—Sí. He dicho Simpson. ¿Por qué?

—Hay rumores sobre alguien con ese nombre. Pero solo pueden ser rumores, si es abogado.

—Habla —apremió el *karateka.*

—Su nombre va últimamente muy relacionado con... con la droga.

* * *

—¿Drogas? —se sorprendió Keisho Ozawa, hija del naviero desaparecido y experta *budoka*—. ¿Qué quiere decir?

—Bueno... no estoy seguro —respondió su profesor, el joven *Yondan,* Donald Halloway—. Son solo murmuraciones del bajo mundo del hampa.

—¿Acerca de mí padre? —pareció asustarse la joven practicante de *Karate-Do.*

—Nadie dijo tal cosa. No, en realidad eran sobre Simpson, mi hermano político.

—¿Y usted las cree?

—No sé qué pensar, Gary siempre me pareció un tipo raro. Sí, ya comprendes. No me parecía el adecuado para mí hermana: presuntuoso, algo reservado en su trabajo y hasta a veces desagradable. Sin embargo, no puedo imaginarle metido en el tráfico o venta de estupefacientes.

—Tampoco a mí me imagina nadie como cinturón negro de *Judo.* Y lo soy.

—Sí, supongo que el viejo refrán de «el hábito no hace al monje» es muy acertado en la realidad. A menudo no somos lo que parecemos.

—A eso se le llama hipocresía —sonrió la joven.

—Todos, en el fondo, somos algo hipócritas —filosofó Donald—. Puede que los rumores tengan base sólida. Para estar seguro, creo que sé a quién buscar. Pero antes... ¿Me acompaña? Quiero hacer una visita a alguien y supongo que usted deseará participar en mis investigaciones.

* * *

Wanda Harris era la secretaria de Gary Simpson y trabajaba en la misma compañía de seguros que este: *Winfield & Parkinson Agency.* Como cada día, acudía puntual a la Agencia, aunque, como ocurría desde hacía días, su jefe no apareciese por allí.

Tenía mucho trabajo con el sustituto temporal. Por eso apenas se fijó en el hombre que acababa de entrar.

—¿Le esperan? —preguntó, sin mirar siquiera.

—No. Quería verla a usted.

Aquella respuesta hizo que levantase los ojos para ver al hombre que habló. Se quedó con la boca abierta.

Pestañeó. No terminaba de creerse que aquel joven de rubios cabellos, vestido impecablemente con traje oscuro, y bien parecido, quisiera hablar con ella.

«Tíos así, de repente, la pueden desmayar a una», pensó.

Ella, por su parte, también estaba muy bien agraciada por la Naturaleza. Pero aun así aquello era increíble.

Entonces, para desilusión suya, se fijó en que el hombre iba acompañado.

—Dígame —pidió, mientras miraba con cierto recelo la bonita figura de Keisho Ozawa.

—¿Me permite? —preguntó Donald, cortés, señalando una silla.

—Sí, por favor. Pueden sentarse —sonrió.

Así lo hicieron.

—Se trata —comenzó el joven— de Gary Simpson.

—¿Es usted policía? —le estudio con recelo—. Ya vinieron antes y contestamos a todas las preguntas...

—Se equivoca —negó Halloway—. No soy policía. Me llamo Donald Halloway y tengo el placer de ser cuñado de su jefe. Esta señorita que me acompaña es Keisho Ozawa, una amiga.

—Mucho gusto —les estrechó las manos.

—Soy... algo así como un detective, ¿comprende? Y quiero encontrar al señor Simpson.

—Lamento no poder serles de mucha ayuda.

—Sólo quería saber unas cositas. Dígame... Antes de desaparecer, ¿tenía entre manos algún caso importante?

—Pues... no. Me parece que estaba con un divorcio o algo así.

—¿Le vio preocupado por algo?

—Sí, ya se lo dije a la policía. Recibió una carta el mismo día que dicen desapareció. Nada más recibirla, se puso pálido.

—¿Recuerda algo especial en esa carta?

—Ahora que lo dice... sí. Antes de entregársela miré el sobre. Sí, ahora lo recuerdo. Me chocó por algo muy extraño.

—¿Qué? —escuchó con atención.

—En el remite solo venía una fecha: 1970. Y la dirección: *Japón.*

* * *

Robert McKendall fue el siguiente.

Era de noche y McKendall estaba en su apartamento, paseando nervioso. Su oficio era el comercio y había vuelto de un largo viaje a Sudamérica solo para encontrarse con un montón de problemas y asuntos misteriosos.

A las diez recibió una llamada. Descolgó el auricular telefónico y dijo:

—Sí, por mí parte seguiremos con la operación. Pero debemos andar con cuidado. No quiero riesgos, sobre todo después de lo sucedido.

Colgó. Estaba seguro de que la operación sería un éxito pero seguía inquieto.

Una corriente de aire frío le asaltó de repente, haciéndole tiritar. Buscó su origen. La ventana de su habitación estaba abierta, aunque él podía jurar que la cerró aquella misma mañana.

Se acercó a la ventana, sospechando. Aguzó el oído, esperando oír algo. Pero no. El silencio era absoluto.

—Es extraño —opinó para sí mismo.

No quería correr riesgos. Por eso, para sentirse más seguro, abrió el cajón de su mesita de noche y extrajo una automática cargada. Con ella en la mano, sintió más confianza.

Pero la pistola de nada le sirvió. Lo supo cuando algo, un objeto de metal, una brillante y afilada hoja de sable, se la arrebató con gran facilidad, arrojándola lejos.

Se volvió. La larga, curvada *katana,* arma por excelencia del *Kendo* japonés, la empuñaba un hombre de oscuros ropajes, con una capucha que solo dejaba entrever sus ojos, duros y helados como témpanos. Pero aquel hombre no era un *kendoka.* No llevaba el clásico atuendo blanco y negro, ni la máscara de los practicantes de *Kendo,* el *camino de la espada.*

No, más se parecía a un...

Pero no. Esos seres ya no existían. Debía ser un ladrón bromista o algo así.

—¿Qué quiere? —preguntó, con desprecio—. ¿Dinero? Puede llevarse todo lo que quiera.

Una ronca risotada surgió tras la máscara negra.

—No, asesino —oyó—. No busco dinero. Lo único que para mí tiene algún valor aquí es tu vida.

—¿Mi vida? —trago saliva, repentinamente asustado—. Ozawa, Simpson... ¿Tú...?

—Sí —afirmó el enigmático personaje—. Yo los maté. Y ahora están donde deben.

—Y ahora me toca a mí, ¿no?

—Exacto —rio de nuevo, provocando escalofríos en McKendall.

—¿Así, a sangre fría?

—Vosotros también matáis así. No esperes piedad, aunque estés desarmado.

No la esperó, ciertamente. Pero intentó a la desesperada salvar el pellejo, huir de allí.

Por eso atacó, lanzándose con ímpetu sobre el oscuro individuo, intentando derribarlo. Lo intentó con todas sus fuerzas, esa es la verdad. Pero no lo consiguió.

La *katana* se hundió hasta la empuñadura en su estómago, atravesándole de lado a lado.

* * *

—Nada —informó Ted Rogers—. Pregunté a Collins, como me dijiste, pero no dijo nada. ¡Este es un maldito embrollo!

—¿Quién es Collins? —quiso saber Keisho, mirándoles con curiosidad.

—Un «camello» —respondió Donald Halloway—. Un proveedor de drogas para los toxicómanos.

—Ya —comprendió la joven—. Y os sirve de chivato.

—Bueno, digamos que nos debe más de un favor.

—A propósito —terció Ted, mirando a Keisho—. ¿Quién es esta?

—Una alumna. Se llama Keisho Ozawa y es hija del naviero desaparecido.

Ted la miró con recelo.

—¿Y por qué la has traído?

—Quiere ayudarnos. Es cinturón negro de *Judo* y marrón de *Karate.* Puede sernos muy útil.

—¡Vaya, otro luchador! —exclamó Ted—. ¿Es que piensas organizar más peleas en este maldito asunto?

—Si es necesario... —se encogió de hombros el joven.

—Espero que no vaya por ahí contando todo lo que descubrimos —se quejó el detective—. Ya sabes cómo son las mujeres, por muy japonesas y *budokas* que sean.

—Seré una tumba —rio Keisho.

—Eso espero —la miró con severidad—, por tu bien.

—Bueno. En vista de los resultados, quizá deberíamos hacer otra visita al Doll's.

—¿Otra vez? —se asustó el *pesquisa,* tocándose el recuerdo que le quedaba de la última vez que fue allí.

* * *

Los temores de Ted Rogers en esta ocasión eran infundados. Ya no volvería a sentir bultos dolorosos en su cabeza ni navajazos producidos en las peleas que se provocaban cada vez que entraban allí.

El Doll's estaba totalmente destruido. Las llamas todavía envolvían el local, intentando penetrar en otros lugares. Pero el incendio estaba siendo sofocado por los bomberos y sus mangas de agua a presión que apuntaban al origen de las llamas.

Un bombero les dijo:

—¿El dueño? ¡Ah, sí! Le encontraron en la entrada, cosido a balazos, por lo que no cabe duda de que el incendio fue provocado. Me parece que ahora lo tienen en el Depósito.

Donald y su compañero se miraron, mientras Keisho escuchaba los detalles, asintiendo horrorizada.

—¿Piensas lo mismo que yo? —preguntó Ted, tras un rato de silencio.

—Me parece que sí.

—Entonces estamos en lo cierto. Mi olfato de sabueso no suele engañarme.

—Lo sé —admitió el joven—. Me lo demostraste muchas veces.

—Es extraño que dos días después de nuestro regreso pasase esto. Este

lugar, sin nosotros, debía ser relativamente tranquilo.

—«El Gordo» tenía muchos enemigos.

—Sí, ya sé. Pero algo me dice que esto está relacionado con lo nuestro.

—Si tú lo dices, Sherlock, será verdad —se burló el joven.

—¿Qué será verdad? —oyeron a sus espaldas.

—Pensamos que lo ocurrido debe tener alguna relación con nuestras investigaciones —la informó Donald.

—A alguien no debió gustarle que Clark abriera tanto la boca y decidió cerrársela para siempre —opinó Ted, sacando un cigarro y poniéndoselo en los labios.

—Y eso significa que Clark dijo algo que les molestó. Algo comprometedor para ellos. Por tanto, debemos deducir que nos dijo la verdad, que no mintió, Gary Simpson tenía algo que ver con el tráfico ilegal de drogas.

Collins no se esperaba aquello.

Horas antes habló con el sabueso de Ted Rogers pero no le dijo nada. No quería acabar sus días tan pronto. Pero no contaba con que el detective estuviera otra vez con Donald Halloway.

Halloway le inspiraba demasiado respeto y temor como para dejar que le pusiese las manos encima. Sabía que podía destrozar una piedra con las manos desnudas, sin aparente esfuerzo. Por eso no quería estar a su alcance.

Cuando le vio venir junto a Rogers, con una chica oriental a su lado, sintió un horroroso nudo en la garganta. Sólo hacía falta ver su cara para saber que no estaba para bromas.

Huyó, echando a correr como un conejo asustado, confiando en despistarles por aquellas calles que tan bien conocía. Pero estaba equivocado con sus falsas esperanzas.

Halloway y la chica iban a una velocidad endiablada, pisándole los talones, aunque Rogers se quedó atrás, agotado. Las constantes horas de intenso entrenamiento le daban una resistencia física que él jamás podía soñar en superar.

Esa fue la razón por la que le atraparon, a pesar de sus fútiles intenciones. Por fin, agotado, jadeante, con el corazón galopando en su pecho, se detuvo.

Su diestra sacó algo de un bolsillo, que chascó con metálico sonido en su mano y una hoja metálica de casi doce centímetros salió de su refugio.

—No lo intentes, Collins —avisó el *karateka*—. Suelta la navaja.

—¡Dejadme en paz! —chilló el «camello».

—Claro, claro. No te preocupes, Collins. No queremos hacerte nada. Sólo debes contestar a unas preguntas y nos marcharemos.

—¡No puedo deciros nada! ¿Es que no lo entendéis? ¡Me matarían!

—Poca cosa se perdería, escoria. Te lo mereces. Pero hablarás, quieras o no.

—¡No lo haré! —afirmó el asustado Collins, empuñando con firmeza la navaja.

—Lástima. Quería arreglar esto sin violencia.

Halloway se acercó al ya casi aterrorizado vendedor de drogas, que dirigió hacia él el filo de la navaja.

—¡No te acerques! —gritó.

Donald no le hizo caso y siguió avanzando, hasta encontrarse a un par de metros de Collins, que retrocedía con prudencia. Keisho miraba a uno y otro con curiosidad, dudando si intervenir o no.

De pronto, Collins, viéndose perdido, intentó agredir al *budoka* con un rápido ataque con la navaja. Su intención era abrir de abajo arriba el vientre de Halloway. Pero su antagonista era más veloz.

Con un solo paso, sin mover el pie izquierdo, quedó fuera del alcance del filo asesino y golpeó la mano armada con *Chudan-Haito-Uchi-Uke,* es decir, pegando con el canto de la mano para parar el ataque. La navaja saltó de su mane, repentinamente dolorida, y rebotó sobre el asfalto. Con el mismo movimiento, cogió la mano de Collins, ahora desarmada, con las dos suyas, tirando hacia la derecha y arriba. Su rodilla derecha se elevó, en un *Chudan-Hiza-Geri* que impactó con violencia en el costado del mismo lado, obligando a Collins a doblarse por el dolor.

Después, remató la acción con un *atami* aplicado en *Shuto-Uchi*[10] sobre la nuca que dejó casi inconsciente al vendedor de estupefacientes.

Donald le sujetó, impidiendo su caída.

—Da gracias a que no quise matarte —silabeó el *budoka*—. Ahora, hablarás.

Minutos después, repuesto de los golpes, Collins contó todo lo que sabía sobre Gary Simpson y su relación con el mundo del tráfico de drogas.

—La verdad es que no sé gran cosa; solo lo que se les escapa a los hombres que me envían la «mercancía”. Sí, el ilustre abogado Simpson era un alto financiero del contrabando de drogas, junto a algunos hombres más a los que no conozco. Parece que formaban algo así como una asociación. Según mis proveedores, el contrabando venía de América, en barco. No sé el lugar de embarque. Ni tampoco el de descarga.

—¿Es todo?

—No sé más. Te lo juro.

Donald arrugó el ceño.

—Te creeré pero como me mientas...

—Es toda la verdad.

—¿Quiénes son tus proveedores?

—Un par de tipos —no conozco sus nombres— con los que me

encuentro cada día a distintas horas en el cruce de Redcliffe Gardens con Fulham Road.

—¿A qué hora os encontraréis mañana?

—A las cinco, la hora en que la mayoría de la gente está tomando su tradicional taza de té —respondió Collins.

—Bien. Escucha, Collins —comenzó el joven—. Mañana iré yo en tu lugar a esa cita. Te sugiero que cojas un avión, el que sea, y te largues lo más lejos posible porque lo primero que voy a decir a ese par de individuos es que tú me diste el chivatazo. ¿Comprendes? Tu carrera aquí se terminó.

—Pero... —gimoteó el «camello»—. No puedes hacer eso. ¡Me matarán!

—¿Qué apuestas?

CAPÍTULO IV

—Allí está Collins —dijo uno de los individuos.

Sí, no cabía duda. Era Collins, con su clásica chaqueta a cuadros y la bufanda alzada hasta las orejas, con su gorro de lana roja sobre la cabeza.

A ninguno de los dos les cabía la menor duda de que aquel personaje era Collins. Hubieran colocado la mano en el fuego para declararlo así.

Pero se equivocaban.

Lo supieron cuando estuvieron a su altura, Él estaba de espaldas, mirando unos escaparates con aire distraído.

—Collins —llamó el más bajo de los dos, colocándose a su lado—. Aquí está la mercancía.

Y entonces, aquel individuo de la chaqueta a cuadros hizo algo que jamás hubiera hecho el verdadero Collins. Giró sobre sí mismo de forma vertiginosa, hacia la derecha, desplazando con fuerza al mismo tiempo su puño del mismo lado y golpeando la cara del que le hablaba, que se tambaleó, casi *groggy.*

Era una maniobra en *Uraken-Ganmen-Uchi,* o golpe con el dorso de la mano, de gran potencia y efectividad.

—Tú... tú no eres Collins —se percató el otro, viendo a su compañero totalmente atontado.

—¡Premio para el caballero! —se burló el joven Halloway, quitándose el gorro y la bufanda— Exacto, no soy Collins.

Viéndose en situación apurada, intentaron escapar. Pero no lo consiguieron. Una zancadilla oportuna hizo morder el asfalto al más bajito, el que ya estaba en las nubes. Y el otro quedó inmovilizado al instante por una presa muy utilizada en los combates cuerpo a cuerpo.

El proveedor de drogas no pudo moverse, Halloway le sujetaba por la espalda. La izquierda rodeaba su cuello, estrangulándole, y la diestra sujetaba, presionando contra su espalda, el retorcido brazo del intermediario.

—No, no os marcharéis. Antes debéis responder a unas preguntas.

Oyó un chasquido a su espalda. Al parecer, subestimó al bajito y su resistencia física. Pero no sintió penetrar el acero en su espalda. Al contrario, un cuerpo chocó contra el suelo sordamente.

Se volvió, Keisho Ozawa le miraba sonriente, al lado del inconsciente individuo cuya navaja yacía lejos. Al parecer le aplicó una *Shime-Waza,* o técnica de estrangulación, que le dejó como un muñeco de trapo.

—Gracias, Keisho —agradeció, en japonés, para que no le entendieran

—. Habla en tu idioma nativo. No quiero que se enteren de nada sobre nosotros.

—De acuerdo, Donald.

Ambos cargaron con los dos tipos y los introdujeron en un vetusto automóvil que alquilaron horas antes con nombre falso. El vehículo lo conducía Ted Rogers, que ocultaba su rostro con una bufanda.

Afortunadamente, no pasaba nadie por la calle a esas horas por lo que no tuvieron problemas y arrancaron de inmediato, con rumbo desconocido para dos ocupantes involuntarios.

—Bien, muchachos —habló Donald, tras unos kilómetros recorridos—. Vosotros tenéis muchas cosas que contarnos...

—¡Este es un secuestro! —fingió indignarse el único consciente, al que Donald desarmó quitándole una navaja que tenía en el bolsillo trasero del pantalón— ¡Lo pagarán!

—Oh, no... Esto no es un secuestro. No queremos dinero; solo información.

—¿Y si no se la damos? —se mostró gallito.

—¿Has oído hablar de las torturas chinas? —sonrió el *budoka.*

—No me da miedo el dolor —tragó saliva.

—Hay cosas peores que el dolor. Por ejemplo: morir de risa.

—¿De risa?

—Sí, quizá te haga gracia pero te garantizo que esa muerte es horrible —se puso serio de pronto—. No se la desdaría a nadie. Pero, claro, si prefieres otro tipo de tortura, podemos clavarte astillitas de madera en los ojos. O utilizar la acupuntura para pincharte los principales nervios que transmiten dolor al cerebro. O llenarte los testículos de alfileres. También podemos meterte poquito a poquito en un nido de avispas. Y aún hay más... Puedes escoger.

Frederick, que así se llamaba el individuo, supo que aquel tipo no bromeaba. ¡Era capaz de hacer todo lo que decía!

—También podemos...

—¡Basta! —cortó Frederick, tapándose los oídos al mismo tiempo—. ¡Os diré todo lo que queráis!

—Así me gusta —sonrió de nuevo el *karateka.*

* * *

—Oye, Donald...

—¿Sí, Keisho?

—Dime una cosa... ¿Les hubieras torturado de no decirte nada?

—¿Te preocupa eso? —la miró con fijeza—. No, no les hubiera hecho nada. En esos casos, todo lo que me permite utilizar mi filosofía son bravatas, faroles. ¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso temías que fuera capaz de

hacer tal cosa?

—Bueno, pensé... Es una tontería —sonrió—. Pensé que quizá tu forma de vida cambió los sagrados preceptos e ideales de *budoka* que posees.

—No, Keisho —negó el joven, sentándose sobre el *tatami* del *dojo* donde ambos se encontraban—. Jamás maté a nadie a sangre fría; solo lo hice para defender o proteger otra vida, ya fuera la mía o la de cualquier otra persona. Y cada vez que ello fue preciso lo hice con gran pesar, sintiéndome después como un vil asesino.

—Eres... maravilloso, Donald —dijo, en japonés, por si alguien escuchaba, dejando sorprendido a su joven profesor.

—Bueno, dejando la modestia aparte, debo reconocer que no estoy nada mal. Pero yo creo que «maravilloso» es exagerar un poquito.

—No, Donald. Lo eres. —Y le besó, posando sus exóticos labios de oriental en los del cada vez más sorprendido *karateka,* que respondió a la caricia, a pesar de todo. Aun así, no intentó propasarse.

Cuando se separaron, ambos sonrieron.

—Muy tierno... —oyeron a sus espaldas, justo en la entrada.

Se volvieron, sobresaltados, sin reconocer la voz, y vieron las dos altas, arrogantes figuras que se erguían ante ellos. Vieron sus torsos desnudos, los negros cinturones, tan negros como los pantalones de sendos *karategis.* Y sus muñecas, rodeadas por brazaletes de metal con afiladas púas.

—¿Quiénes son ustedes? —se enfureció el *Sensei*—. No son socios de *Kami*...

—Tiene buena memoria —opinó uno de los individuos de negro *kimono*—. Exacto, señor Halloway. No somos alumnos de Artes Marciales, sino maestros. Profesionales del *karate* con una misión específica.

—¿Liquidarme?

—Bueno, digamos que darle una lección de humildad —puntualizó el otro—. Al parecer, es usted un tipo muy curioso. Y mete las narices donde no debe. Mucha gente está molesta con usted. Y especialmente, nuestros jefes.

—Comprendo...

—¿Quiere decir con eso que no será necesaria la violencia? Se lo agradeceríamos. No nos gusta la sangre...

—Lo que quiero decir es que ustedes y sus jefes se pueden ir a hacer puñetas —sonrió el joven—. Yo estoy acostumbrado a hacer lo que me sale de las narices y hasta ahora nadie se atrevió a amenazarme. No serán ustedes los primeros, claro...

—Me parece —habló uno de ellos con su compañero— que es difícil dialogar pacíficamente con este señor. Serán necesarios otros métodos —se volvió para hablar con Donald—. Está bien, Halloway. Estamos solos. Nos aseguramos de que el *dojo* estuviera vacío cuando entramos. No

contábamos, por desgracia, con que estuviera flirteando con una de sus alumnas. Bien —suspiró—, peor para ella. Nuestra misión es que, si no hace caso a nuestras advertencias, le liquidemos. Y así lo haremos.

Donald les miró. No eran *budokas,* pues el *Budo* es, ante todo, un sistema de pensamiento, una filosofía, que condena la violencia. Y el *karate,* una de sus muchas ramas, está concebido como un método de defensa y contraataque (no de ataque) con las «manos vacías», su significado literal. Ellos eran luchadores, criminales que hacían del *Budo* un arte para matar.

—¿Quiénes son sus jefes?

—No puedo decírselo, Halloway. Lo tenemos prohibido.

—¿Incluso para un condenado a muerte?

—Incluso. No podemos permitirnos el lujo de cometer ese error.

—Bien, pero sí podrán decirme quién les puso bajo mi pista.

—Usted lo sabe —sonrió—. Los hombres a los que interrogó le reconocieron a pesar de todos sus esfuerzos por permanecer en el anonimato. ¡Pobres chicos! Ahora deben ser comida para peces. ¿Ve por qué no podemos cometer errores? Nuestros jefes son muy duros.

—Lo comprendo.

—Entonces, permítanos realizar nuestra misión.

Donald estuvo a punto de echarse a reír. ¡Aquellos tipos hablaban como si ya le diesen por muerto!

Era mucha su confianza, se sentían muy seguros de sí mismos. Y eso era un posible error de subestimación del adversario. Error que él no cometería.

A su lado, Keisho se preparó, aguardando relajada pero atenta el primer ataque, que no tardó en producirse.

Uno de los asesinos de negro *kimono* saltó, proyectando su cuerpo entero con fuerza, en un formidable *Yoko-Tobi Geri,* o patada lateral en salto, hacia la cara de Halloway. Era una potente patada, capaz de dejarle K.O. en un momento, si lograba conectarle. Pero Donald tenía demasiada experiencia en el combate como para dejarse vencer tan pronto.

Se tiró al suelo, rodando en *Mae Ukemi,* o caída hacia adelante, sobre el hombro derecho, alejándose durante unos instantes del peligro y poniéndose después en pie, con los puños cerrados, en posición de guardia. Mientras, Keisho esquivaba un golpe en *Tettsui-Ganmen-Uchi,* con la parte inferior del puño, que no se atrevió a parar por temor a herirse con los peligrosos brazaletes.

Donald ya estaba frente a su enemigo, que se acercaba con tranquilidad, seguro de su triunfo. El que inició el ataque fue su contrincante asesino, con una patada en *Mawas-hi-Geri,* o circular, que Donald esquivó, pasando después al contraataque con una maniobra en *Ushiro-Mawashi-Jodari-*

Tobi-Geri, patada circular hacia atrás en salto, girando sobre sí mismo y golpeando con la pierna derecha.

Un dolor insoportable recorrió su pierna, nacido en su tobillo al ser desgarrada su carne por la metálica muñequera del *karateka* asesino. Las púas penetraron hondo en su tobillo por la parada imprevista, haciéndole gritar de dolor y caer al suelo. La parte inferior del pantalón estaba destrozada.

El grito distrajo a Keisho, que atacaba en ese momento en *Yoko Geri*[11]. Su oponente aprovechó la ocasión, agarró la pierna de la nipona y la desequilibró, tirándola de espaldas sobre el *tatami* y colocándose encima al mismo tiempo que sujetaba sus manos, que ya intentaban arañar su rostro en actitud poco deportiva.

—No la mates aún —dijo su compañero—. Podemos divertirnos un rato con ella.

Y, dicho esto, dio una salvaje patada en el rostro al herido *karateka* de rubios cabellos, que le dejó al borde del *knock out.*

Donald sintió que todo daba vueltas en torno suyo y en medio de las brumas creyó advertir el lento avance de la Torva Segadora, que se acercaba inexorable hacia él.

Intentó luchar contra las tinieblas que le rodeaban y no lo consiguió. Sabía que su fin estaba próximo, demasiado cercano.

Su asesino le miró con ojos helados, sin emoción, y se preparó para asestarle un preciso y mortal *atemi* con sus expertas manos.

No lo consiguió.

Una bocanada de sangre surgió de sus labios mientras sus ojos desorbitados se clavaban en el casi inconsciente Halloway. Tanto Keisho como el *karateka* que la sujetaba pudieron ver la empuñadura de una espada en su espalda, que le atravesó de parte a parte hasta salir por el pecho entre un baño sangriento.

Era un *kozuka* o sable corto japonés.

Y su lanzador, una siniestra figura vestida de negro, estaba en la entrada, mirando los efectos de su ofensiva.

El asesino, ya cadáver, cayó sobre Donald, llenando su blusa de sangre y reanimándole poco a poco.

Pero nadie les miraba. La atención de Keisho y su atacante estaba en la figura ataviada de negro, que ambos reconocieron al instante, pues conocían la historia del Japón y sus personajes mitológicos. Y aquel ser que estaba ante ellos, con la faz oculta por una capucha, era casi un mito, un personaje de leyenda, un guerrero invencible que existió siempre en el Japón como símbolo del espíritu de lucha del pueblo nipón, junto a los nobles *samurái.*

Un *ninja,* un auténtico guerrero que hacía del Arte Marcial llamado

Ninjitsu, o técnica de la invisibilidad, su vida.

El asesino superviviente intentó escapar tras dejar libre a Keisho pero se encontró ante el *ninja,* ante aquella sombra con figura humana.

Tenía miedo, eso era evidente. Sabía que los *ninja* eran unos auténticos demonios de extremada crueldad, inclementes con sus enemigos, a los que mataban sin piedad, sin pedir ni conceder cuartel en ningún momento.

Y también esta vez el *ninja* demostró la veracidad de su triste fama. También esta vez corroboró la realidad de por qué el adjetivo «despiadado» acompaña siempre a estos personajes de leyenda.

El asesino de negro *kimono* intentó desesperadamente apartar de su camino al guerrero de negro y para ello decidió utilizar sus brazaletes, la única arma que podía ayudarle frente al *ninja.* Rápido, fulgurante casi, disparó un potente *Tettsui-Ganmen-Uchi,* golpe dirigido a la cabeza encapuchada del misterioso personaje. Pero, en lugar de golpear con la parte del puño llamada, en *Karate, Tettsui,* intentó hacerlo con la muñequera metálica erizada de púas.

El golpe, si alcanzaba al *ninja,* era mortal de necesidad. Pero, para asegurarse, puso todo su *kime,* toda su máxima potencia, en el golpe, con un estremecedor, casi inhumano *Kiai.*

El grito, parte importantísima para el *budoka* durante una pelea, pareció surgir de todos los poros de su piel, de todos sus músculos, ensordeciendo casi a los escasos espectadores de aquel singular duelo.

—¡EEEEAAAAA...!

Pero toda la potencia, aunque esta sea capaz de matar, conseguida por un *kiai* no sirve de nada cuando no existe una cosa a la que golpear. El *Tettsui-Uchi* se perdió en el aire cuando el silencioso *ninja* se retiró tranquilamente hacia atrás.

Otro grito, esta vez de infinito dolor, rasgó el aire cuando la enguantada diestra del *ninja* sujetó con fuerza la mano que intentó golpearle, inmovilizándola, y la siniestra golpeó en *Teisho-Mawashi-Uchi,* o golpe circular, con la parte inferior de la palma de la mano, en el codo del asesino, desarticulándoselo con seco chasquido.

Por último, un efectivo rodillazo en los testículos sumió al hombre en la tranquilidad de la inconsciencia. O en estado de coma, pues la potencia del rodillazo fue terrible, capaz de sumir a un hombre en los umbrales de la muerte.

Un pesado, casi tenso silencio, siguió a la dramática situación. El aparentemente verdadero *ninja* cruzó el *tatami* sin efectuar el saludo ritual ante el *kanku* y arrancó con limpieza el *kozuka* ensangrentado del cadáver que teñía de rojo el color verde del *tatami.* Después, sin mediar palabra con los dos *budokas* a los que había salvado la vida, se dirigió a la salida.

—¡Espere! —levantó una mano el joven, ante la sorprendida mirada de

su alumna.

—¿Qué deseas, *budoka?* —escucharon por vez primera la disimulada y grave voz del *ninja.*

—No esperes que te dé las gracias, *ninja* —manifestó el joven, con sequedad—. Que estos hombres sean asesinos no significa que deba matárselos. Y menos por la espalda, sin saber a manos de quién mueren. Si querías ayudar, podías haberlo hecho de otra forma.

—No discutiré contigo por una cuestión de pareceres, Halloway-San —se cruzó de brazos el misterioso individuo, cambiando el idioma de la conversación por el japonés—. El *Ninjitsu* no es el *Budo,* ni el *ninja* es un *budoka.* Son distintas formas de pensamiento, diferentes filosofías con un solo propósito mutuo: la lucha, pero entendida de otra forma. Jamás entenderías mi forma de proceder, como yo tampoco entiendo la tuya. Somos símbolos de dos Artes Marciales contrapuestas.

—No te detendré —afirmó Donald, al ver las intenciones de huida de su inesperado y misterioso aliado—. Si de verdad eres un *ninja,* sé que eso sería inútil...

—Lo sería —corroboró el *ninja*—. Jamás me alcanzarías.

—Sólo quiero saber cuáles son tus intenciones.

El guerrero nipón sacó de su vaina el *kozuka* con prodigiosa rapidez, sorprendiendo a Donald y a Keisho, que respingaron. La afilada punta del sable se apoyó en la garganta del joven *karateka* antes de que se diera cuenta.

—No tengo nada contra ti, *budoka.* Pero eres una molestia para mis proyectos. Por eso esta vez te aviso yo, Halloway —continuó, silabeando—. No te metas donde no te importa, *budoka,* o sentirás la furia de un *ninja.*

Retiró el sable de su garganta y abrió la puerta, diciendo desde el umbral:

—Ah, y si quieres un nombre llámame... *Venganza.*

Keisho se abrazó al herido Donald, besándole con frenesí mientras musitaba:

—Oh, Donald... Amor mío... Creí... creí que te perdía para siempre...

—No, Keisho —la intentó tranquilizar el joven *Sensei*—. El Destino aún no ha dispuesto mi muerte.

Los almendrados ojos de la oriental se clavaron en los de su Maestro.

—¿Quién crees que pueda ser?

—No lo sé. Pero tengo la impresión de que no lo hemos visto por última vez.

* * *

Cuando Ted Rogers llegó al *Kami*, el susodicho gimnasio estaba lleno

de policías que no le dejaron pasar hasta que apareció cierto inspector McDare que ordenó a sus agentes que le dejaran en paz cuando se enteró de quién era. Entró pues en las numerosas salas del gimnasio, dedicado desde la simple gimnasia sueca, el *yoga* y la cultura física hasta las llamadas Artes Marciales Orientales —*Judo, Karate, Kung fu, Sumo, Tae Kwon Do, Kendo*—, pasando por muchos otros deportes tales como el *Full-Contact,* el boxeo, la esgrima, etc.

Cuando llegó a la sala en cuya puerta destacaban unos caracteres japoneses totalmente ininteligibles para el detective, pero que por su trato con Donald sabía que se traducían por *manos vacías*[12], pudo ver la razón de todo aquel despliegue policial. Marcadas a tiza había dos figuras: una sobre el *tatami,* entre el oscuro color de la aún fresca sangre que lo empapaba, y la otra frente a la puerta.

Dentro, numerosos fotógrafos hacían funcionar sus cámaras, mientras Donald y su joven amiga y alumna, Keisho Ozawa, eran interrogados. Ambos estaban fuera del *tatami* y vestidos con ropas de calle. Otro policía examinaba sus *karategis.*

Ted se acercó.

—Hola, viejo —saludó gravemente, mientras cogía un cigarro y se lo llevaba a la boca, encendiéndolo después—. ¿Problemas?

El inspector McDare le miró con recelo.

—Desde luego, no estamos aquí para divertirnos —masculló—. Así que usted es Ted Rogers, el *pesquisa...*

—Detective —aclaró el aludido, al que no le gustaba la palabra *pesquisa* para definir su trabajo—. Sí, soy Rogers. ¿Desea contratarme? Lo siento, ahora estoy con otro asunto.

—¿Cuál? —quiso saber el *policeman,* intentando tirar de la lengua al sabueso.

—Secreto profesional —expiró el humo de golpe, sonriendo y guiñando el ojo al inspector—. Usted sabe lo que es eso. Mi cliente no quiere verse comprometido.

—Entiendo —se volvió hacia Donald—. ¿Y usted? ¿Tiene algo que decir?

—Todo lo que sé ya se lo dije, inspector —contestó seriamente el *karateka*—. Esos individuos me atacaron con intenciones homicidas, intentando violar a mí alumna, pero murieron a manos de un tipo de negro que acabó con ellos en cuestión de segundos.

—Mi instinto me dice que ustedes me ocultan algo —mordió con furia un pestilente habano que sostenía entre sus finos labios—. Aquí se cuece algo gordo y quiero saber qué es. ¿Sabe la pena por ocultar pruebas a la policía?

—La conozco —respondió con tranquilidad el joven—. Pero también

conozco la pena por mentir a un policía. Y no voy a inventarme las pruebas por un capricho suyo, ¿verdad?

—Está bien —se resignó el policía—. Pero sé que aquí pasa algo raro. Justo cuando empiezan las desapariciones de importantes personajes, ustedes, unos ex aventureros, vuelven a las andadas, provocando trifulcas y violencias en asuntos que no les conciernen. Y lo peor de todo es que obstaculizan con su proceder las investigaciones de la policía.

—Nosotros, créame, inspector, solo somos pobres víctimas de las circunstancias —Donald puso cara de niño bueno.

McDare enrojeció de ira.

—¡Maldita sea! ¡Encima se burlan! ¡No cejaré hasta verlos entre rejas!

Un agente les aconsejó:

—Márchense, será mejor. Ya no les necesitamos, aunque es posible que sean requeridos por la central de New Scotland Yard más adelante. Mientras, procuren informar a la policía de todo lo que descubran. ¿De acuerdo?

Donald afirmó con la cabeza y empujó a sus dos amigos hacia la salida.

—Ese tipo tiene todo un carácter —comentó el detective—. Lástima que su mal genio se esté transformando en úlcera.

* * *

Una vez fuera, Ted dijo a ambos luchadores el motivo de su ida al *Kami*.

—Estuve investigando todo lo relacionado con el *Roxxon Medical Center,* tal como me dijiste. Y, según todo lo que he podido averiguar, nuestros informadores estaban equivocados.

—¡Maldita sea! —se enfureció el joven *Sensei*—. Sabía que esos tipos nos la jugaban...

—Así, ¿estamos igual que al principio? —preguntó Keisho.

—Peor, diría yo —opinó el detective.

—De todas formas... ¿qué encontraste?

—Absolutamente nada —suspiró con aire cansino—. Al parecer, en ese hospital todo funciona a la perfección, sin manejos turbios. Lo único...

—Sigue —apremió Donald.

—Lo único que me llamó la atención fue ver a un conocido mío con ropas de enfermero, acompañando a un doctor, hablando incluso amigablemente con él.

—¿Quién era?

—Tú no le conoces. Se llama Corey y perteneció al gremio detectivesco hasta que le pillaron en una redada policial, en un barco contrabandista.

—¿Contrabandista? —Donald sintió un vivo interés por el asunto—,

¿Qué transportaba?

—Armas —respondió, sombrío—. Su destino, al parecer, era una organización terrorista de Oriente.

—Comprendo...

—Pero no entiendo cómo puede estar allí, tan tranquilo, con la *Police* tras él...

—¿Sabes el nombre del doctor que le acompañaba?

—Sí. Me escamó todo aquello y lo averigüé preguntando a una enfermera. Se llama... Coleman. Sí, eso es, Tomas Coleman.

CAPÍTULO V

—¿Piensas que Tom puede tener algo que ver en todo este asunto? —preguntó la joven japonesa.

—No sé qué pensar —respondió Halloway, mientras le ofrecía un zumo de frutas, que ella aceptó con una sonrisa—. El joven Tom... Durante los dos años que ha pasado conmigo jamás dijo nada sobre su trabajo. Yo no sabía que era médico. Lo único que veía en él era a un magnífico luchador, que siempre demostró tener espíritu de auténtico *budoka. Nunca* me interesó su vida, ni profesional ni privada.

—Últimamente —añadió Keisho, tras beber el zumo parecía preocupado.

—Sí, pero eso puede no significar nada. En todo caso, mañana hablaré con él.

—¿Y el *ninja?* ¿Qué puede pintar en todo esto?

—Habló de *venganza...* Y lo dijo en japonés —pareció pensativo durante unos instantes—. Puede... puede que tenga algo que ver con cierta cosa ocurrida en Japón hace diez años.

—¿Qué cosa?

—Si lo supiéramos, tendríamos resuelto el enigma.

Keisho acercó su aceitunado rostro al del joven, mientras mesaba sus rubios cabellos con la mano.

—Donald...

—¿Sí, Keisho?

—Hoy... Hoy creí que ibas a morir —murmuró, en japonés, junto al oído de su masculino acompañante—. Y me asusté. Me asusté muchísimo.

—Keisho... —la miró fijamente, mientras cogía su rostro con las manos.

—Si algo te hubiera pasado... —casi sollozó, ante los ojos sorprendidos de su amigo y maestro—. ¡Dios mío! No sé lo que habría hecho...

—Keisho... —repitió, como alucinado, el *karateka.*

—¡Oh, Donald! —se abrazó a él, buscando su boca con pasión—. Te amo... no sé qué sería de mí sin ti...

Donald devolvió la caricia, abrazándose a la bella y exótica oriental, iniciando una amorosa pugna sus lenguas que contribuyó a excitarlos cada vez más.

—No, Keisho... —negó débilmente el joven, sin fuerzas para dominar sus sentimientos desatados, que tanto tiempo logró ocultar—. Esperemos... Quizás... quizás no sea amor lo que sientes por mí y después te arrepientas

de lo que hagamos.

—Sí es amor. Si amor es desear entregarse en cuerpo y alma a un hombre, vivir junto a él sin tener en cuenta la raza y el color, entonces... te amo.

—Amor mío... —musitó, buscando su boca con auténtico frenesí, tendiéndose ambos en el sofá donde momentos antes estaban sentados mientras comenzaban a desnudarse para consumar su amor.

Momentos después, dos cuerpos, de pigmentación cutánea totalmente diferente, se fundían en uno solo mientras los gemidos de placer y las palabras, casi susurros, rompían el silencio, Keisho olvidó todo lo que había ocurrido en los últimos días y se sintió transportada a un paraíso hecho únicamente de luz y dicha sin fin, bajo el desnudo y musculoso cuerpo de su occidental amante, que la poseía dulce, casi delicadamente, como si temiera que su cuerpo pudiera quebrarse entre sus brazos.

Después, todo pareció estallar en torno a ellos, convirtiéndose en miríadas de luz, mientras alcanzaban el éxtasis juntos, al mismo tiempo, y sus cuerpos se arqueaban como electrizados. Después, vino la tranquilidad, el descanso... momentáneo.

—Ha sido hermoso —cerró los ojos Keisho, recordando los momentos de felicidad—. Muy hermoso.

A su lado, el musculoso tórax de Donald subía y bajaba rítmicamente. Los ojos de este estaban fijos en algún punto inconcreto del techo.

—¿Verdad, Donald?

El aludido sonrió, sin dejar de mirar el techo. Estaban en la cama y él ni siquiera se había dado cuenta de que iban al lecho.

Después, sin contestar, con un solo brazo, alzó la cabeza y el tronco, para después inclinarse sobre Keisho.

Lo que sucedió después es fácil de adivinar.

* * *

Un garfio brilló por algún perdido rayo de luz, allí, frente al *Roxxon Medical Center*. Un garfio de tres acerados y curvados dedos unido a una larga cuerda, fina pero resistente.

Una oscura figura, rodeada por completo por las sombras de la noche, cogía aquel útil instrumento con sus manos enguantadas en negro cuero. Y, demostrando gran maestría, lo volteó por encima suyo y la cuerda escapó de sus dedos, ascendiendo velozmente en busca de algún asidero, que encontró a la primera.

El hombre, vestido con negras prendas, tiró de la cuerda para cerciorarse de su seguridad. Después, comenzó a trepar.

Lo hizo rápidamente, como si para él fuera normal aquello. Y quizás lo fuera.

Poco después, se encontraba ante una ventana, en el tercer piso del hospital, que abrió sin dificultades, pese a tener colocado el seguro, introduciéndose a continuación en el edificio, siendo tragado por la oscuridad.

La alta figura miró a ambos lados.

La oscuridad era absoluta y parecía ceñirse como algo vivo.

Su diestra enguantada hurgó en el cinturón que llevaba, sacando un pequeño cilindro de metal que apenas cabía en su mano. El pulgar pulsó con firmeza un interruptor y, de repente, la oscuridad fue rasgada por una lechosa claridad surgida del cilindro, iluminando el lugar.

Movió la linterna, dando un rápido vistazo a la estancia, a sus muebles y decorados.

Era una oficina.

Llegó justo donde planeaba.

Sin titubear, se dirigió a un lugar determinado, alumbrando el camino con la linterna. Sabía dónde buscar. Pronto divisó un fichero, frente al escritorio de la oficina. A él se dirigió.

No llegó. Algo le hizo lanzar una ronca exclamación. La luz, de pronto, iluminó algo con lo que no contaba. Un tapiz, un extraño tapiz lleno de caracteres japoneses. Lo cogió, dispuesto a guardárselo.

De pronto, todo se iluminó y él lanzó una espantosa maldición, mientras giraba sobre sí mismo, dispuesto a enfrentarse contra quien fuese. Su diestra estaba muy cerca del cinturón del que colgaba una funda de pistola.

Ante él, con rostros entre sorprendidos y furiosos, había dos hombres. Ambos vestidos de enfermeros. Pero Ted Rogers, el hombre ataviado de negro, sabía que no lo eran.

Uno de ellos se llamaba Jason Corey. Al otro no le conocía.

—¡Tú...! —rugió, furioso, el falso enfermero llamado Corey, al reconocerle—. ¡Encárgate de él!

El otro individuo medía algo más de dos metros y tenía músculos hasta en las orejas, Ted calculó que un pequeño abrazo suyo podía destriparle.

Y, además, por si fuera poco, sabía *karate.* Se dio cuenta al ver que se acercaba y colocaba sus manos de una forma que solo había visto hacer a Donald, estiradas como un cuchillo para atacarle con mortal precisión.

El, aunque era detective, solo tenía una ligera noción de *Judo* y Defensa Personal. Nada de valor frente a un experto *karateka.* Y menos contra alguien de aquel tamaño.

Su aplastante lógica le llevó a echar mano de su revólver, que sacó con celeridad, obligando al gigantesco *karateka* a detenerse.

—De nada te servirá, Rogers —dijo Corey—. Aunque te largues sabemos quién eres y dónde buscarte.

—Pero para entonces espero tener ayuda —sonrió el detective, ya dueño de la situación.

—No podrás salir.

—Te equivocas porque os ataré como a longanizas —sacó una navaja de un bolsillo de su pantalón negro, dispuesto a sacrificar algo de la cuerda que pendía del garfio para atar a ambos hombres.

Sin dejar de mirar a los dos hombres, se dirigió a la ventana, recogió algo de cuerda y la cortó. Después, con la cuerda en su poder, intentó atarlos.

No se dio cuenta de que durante unos instantes distraía su atención, propiciando un posible ataque de los que él ya creía indefensos. Ataque que se produjo, como es lógico.

La mano armada de Ted —en ese momento, la izquierda— había bajado durante unos instantes, mientras procedía a atar al ex contrabandista Corey. Ese momento fue aprovechado por el gigantesco *karateka.*

Su pie se disparó, alcanzando la mano izquierda de Ted, arrancando con su potencia el revólver, que voló lejos, como provisto de vida propia. Y, tras el *Mae-Geri,* lanzando un rugido de alegría, el gigante se arrojó sobre Ted Rogers.

Dos enormes brazos, fuertes como robles, le rodearon, en un *abrazo de oso* que le cortó la respiración. La fuerza, sin embargo, aumentó, en un intento bastante claro de convertir en astillas la columna vertebral del detective.

Pequeñas gotas de sudor perlaban su frente, mientras notaba que las fuerzas le abandonaban. Pero, aun así, trató de zafarse de la presa de un modo radical, con un esfuerzo sobrehumano.

Sus brazos estaban aprisionados. Y le era imposible soltarse.

Por eso, utilizó la cabeza. Y nunca mejor dicho. El golpe con la frente alcanzó la nariz y la boca del *karateka,* con seco chasquido y abundante sangre. El abrazo se aflojó, permitiéndole dirigir su rodilla hacia la entrepierna del gigante, que cayó, como fulminado, agarrándose la parte dolorida.

Mientras tanto, Jason Corey trataba de librarse de las ataduras que le inmovilizaban. Y ya casi lo lograba, cuando el puño de Rogers se estrellaba en su nuca, haciéndole ver todas las constelaciones espaciales antes de perder el conocimiento.

Ted Rogers resopló. Ya no haría falta atarlos.

Rápidamente, apagó la luz y se largó, utilizando para ello de nuevo el garfio. Cuando llegó a la calle, un automóvil se acercó y abrió una de las puertas, introduciéndose dentro.

—¿Por qué tardaste tanto? —preguntó, preocupado, Donald Halloway, que conducía el vehículo, mientras partía a toda velocidad del lugar.

—Tuve problemas —respondió el detective—. Me pillaron.

—¿Quéeee...? —se asustó el *budoka.*

—No te preocupes. Eran dos matones de baja calaña. Uno de ellos era Corey.

—Comprendo... Eso quiere decir que ahí se oculta algo.

—Sí. A propósito... Me tendrás que enseñar un día de estos algún buen golpe de *Karate.*

—¿Por qué? —sonrió Donald, mientras paraba ante un semáforo.

—Porque me estoy volviendo viejo —suspiró—. Tuve verdaderos problemas para librarme de aquel gigantón...

—¿Qué gigantón?

—Un tipo de más de dos metros que me atacó. Era *karateka.*

—¿Y cómo te libraste de él? —el semáforo se puso en verde y Donald pisó el acelerador.

—Menos mal —pareció no oírle el detective— que tengo la cabeza dura...

El *karateka* rio con ganas, ganándose una mirada de reproche por parte de su compañero.

—¿Qué encontraste? —preguntó después, súbitamente serio.

—Esto —Ted le tendió el tapiz.

* * *

Ya en su casa, Donald leyó lo que ponía en el tapiz, ante la atenta mirada de Ted Rogers y Keisho Ozawa.

—«Ya van cuatro, Kwan Shou. Cuatro que cataron mi venganza y ahora se hallan dónde deben. Pero no creas que me siento saciado. Aún faltas tú, Kwan, el peor de todos. Y no descansaré hasta que tú y tus compañeros de crímenes os reunáis en el infierno». Eso es todo lo que pone.

—Aclara bastantes cosas, ¿no crees? —preguntó Ted.

—Sí, bastantes —Donald miró a Keisho—. Lo siento, Keisho.

La joven japonesa entendió y sus almendrados ojos se llenaron de lágrimas.

—Esto no deja lugar a dudas —siguió diciendo el *Yon-dan*—. Cuatro muertos... Simpson, Ozawa, McKendall... y Roxxon, supongo, Todos ellos, muertos. Ya no hay esperanzas.

—Y Kwan Shou es el siguiente... —Ted encendió un cigarrillo.

—¿Quién es Kwan Shou? —quiso saber Keisho, con lágrimas que intentaba quitar con un pañuelo.

—De todo, Keisho —respondió Ted—. Asesino, contrabandista, ladrón, extorsionista, secuestrador... Un chino ejemplar. Estuvimos tras su pista durante dos años... y no logramos pillarle.

—¿Tan peligroso es?

—Es despiadado y ambicioso como pocos. Pero si a eso le añadimos su habilidad con la *katana* y el ejército de luchadores con los que se rodea...

—Entiendo... Y alguien quiere matarle... ¿Quién?

—Creo que lo sé —terció Donald—. Todo parece encajar. Asesinatos, venganza... Y todo nos lleva a un personaje: el *ninja.*

* * *

Ya por la mañana, Donald Halloway entró en el Centro Médico Roxxon. Había gran revuelo y un montón de *bobbies.* Naturalmente, no faltaba el inspector McDare, que sonrió al verle.

—Buenos días, señor Halloway. ¿Qué? ¿Dando un paseo?

—He venido a ver a un amigo, inspector —también sonrió el *karateka* —. ¿Sucede algo?

—Vamos, Halloway. No me diga que no sabe lo que pasa...

—¿Por qué habría de saberlo? —su sonrisa se esfumó.

—Bueno, yo pensé que quizás usted sabría algo...

—Pues se equivoca —dijo, algo seco—. No sé nada.

—Bien, entonces se lo diré: otro tipo importante ha «volado». Esta vez se trata del doctor Roxxon, fundador de este centro.

—Cuánto lo siento. ¿Alguna pista?

—Pues... sí —sonrió el inspector—. Un enfermero entró en el despacho del doctor Roxxon en el momento adecuado. No llegó a ver cómo secuestraban al médico pero sí vio a uno de ellos, a uno de los secuestradores. Según él, y yo creo lo mismo, el tipo era un gran luchador pues le noqueó con facilidad, a pesar de ser el cinturón negro de *karate* y medir casi 2 metros diez centímetros.

Donald afirmó con la cabeza, mientras mentalmente se decía que habían logrado engañar al inspector.

—Sí, debía ser un gran luchador.

—*¡Sensei!* —oyeron ambos hombres a su espalda.

Donald se volvió. Allí estaba Tomas Coleman, vestido de blanco, como todos los doctores.

—Hola, Tom —fue lo único que dijo.

—¿Le conoce, doctor? —la desilusión se reflejó en el rostro de McDare.

—Soy alumno suyo en el gimnasio *Kami* —el profesor estrechó su mano.

—¿Puede dejarnos solos, inspector? —sonrió de nuevo el *karateka.*

Mascullando algo y con la cabeza baja, McDare se marchó.

—¿Qué le trae aquí, *Sensei?*

—Verte, precisamente. Quiero hablar contigo —ante la cara de sorpresa

de Coleman, dijo—: Sabía desde hace bastante que eras médico.

—¿Viene... por su herida? Oí decir que no daba clases debido a cierto incidente.

—No, no es por mí herida por lo que he venido. Está mucho mejor, aunque me impide hacer bastantes cosas. ¿Sabes realmente qué fue lo que pasó?

—Pues... parece ser que alguien le atacó. Al parecer tiene usted muchos enemigos.

—Sí, Tom. Tengo muchos enemigos. Pero no fue obra de ninguno de ellos lo que me sucedió. Yo no conocía a ninguno de los que intentaban matarme. Eran asesinos a sueldo.

—¿Asesinos a sueldo? ¿Quién pudo contratarles? ¿Tiene alguna idea?

—Sí, Fue Roxxon.

—¿Qué dice? —se encaró a él su alumno, mirándole con recelo.

—Bueno, no fue solo él. Hay también alguien llamado Kwan Shou metido en el ajo. Y todo por unas cochinas drogas.

—¿Dro... drogas? —Coleman se puso lívido.

Donald le agarró violentamente por las solapas, furioso. Nadie les miraba.

—Sí, *drogas.* ¿Qué sabes tú de eso?

—Na... nada —tragó saliva.

—Mientes. Tu cara te delata. Y no intentes gritar a la policía que te estoy atacando porque contaré todo lo que sé.

Tomas Coleman le miró, intentando penetrar en sus pensamientos.

—Está bien —se resignó, al mismo tiempo que se tranquilizaba—. Se lo contaré todo, *Sensei,* Creo... creo que eso me hará mucho bien.

Donald le soltó.

—Sígame hasta mi casa. Mientras, le contaré todo lo que sé.

Salieron del centro, abandonando su aséptica atmósfera, y se dirigieron al automóvil de Coleman, aparcado frente a un coche de policía. Minutos después, estaban bastante lejos.

—¿Me creería, *Sensei,* si le dijera que me metí en esto por casualidad?

El *karateka* no contestó.

—Pues sí. Me convertí en cómplice sin quererlo, al escuchar una conversación entre Roxxon y un individuo al que no conocía. Hablaban... sobre tráfico ilegal de drogas, sobre cierto desembarco. Por desgracia, me pillaron y amenazaron con matarme si abría la boca. Desde entonces, estoy muy vigilado por un tipo llamado Corey que al parecer hace al mismo tiempo de intermediario entre el hospital y los barcos contrabandistas.

—Explícame eso.

—Parece ser que los desembarcos se producen en el Támesis, después de efectuar la mercancía algunos transbordos de barco en barco, hasta

llegar a su destino.

»La droga, para evitar la investigación aduanera, va en recipientes magnéticos pegados *bajo el casco* del barco, en su parte sumergida. Así, la droga llega hasta su destino sin percances y es recogida por hombres-rana que después, durante la noche, la introducen en furgonetas. Más tarde, se cambia el vehículo de transporte por ambulancias de este hospital que la llevan al centro. Allí hay sitio suficiente para guardarla.

«Más tarde, cuando la droga es necesaria, se deposita, metida entre los materiales quirúrgicos desechables, en un falso camión de basura. Tras esto, se reparte a los diferentes «camellos».

—Un plan muy bien urdido —opinó Donald—. La droga viene de América, ¿no?

—Sí.

—Muy ingenioso todo el proyecto. Pero no contaban con una fuerza que esperaba en las sombras para liquidarlos.

—¿A qué se refiere? —Coleman paró el automóvil.

—No te importa —cortó, casi violento, el *Sensei*—. Ahora, escúchame. Durante todos los años que estuviste conmigo pensé que llegarías a ser un auténtico *budoka*. Me equivocaba. Jamás lo serás. Aunque fuiste amenazado y te jugabas la vida, no debiste seguir el juego a esos tipos. Eres, pues, tan culpable como ellos.

»Me das asco. Y, desde este momento, te será imposible regresar al *Kami*. Has dejado de ser mi alumno. Y prepárate. Cuando todo esto esté resuelto, se lo contaré todo a la policía. Todo.

—*Sensei,* yo...

No quiso escuchar. Sin mirarle siquiera, Donald Halloway salió del vehículo y caminó, pensativo, alejándose del lugar.

* * *

—¿Te ha dolido saberlo, verdad? —le preguntó dulcemente Keisho, que estaba desnuda junto a él, en la cama.

—Sí. ¿Por qué negarlo? Me ha hecho mucho daño.

—Tú no tienes la culpa... —intentó aliviarle de su pena.

—Puede que tengas razón. Pero no puedo dejar de pensar en que quizás no supe llevarle por el camino adecuado, por el verdadero *Do*[13] del *budoka.*

—Te equivocas. Es él, que no entendió bien tus enseñanzas.

—Pero, es labor de un maestro explicar las cosas sin dar motivo para la confusión.

—No te atormentes más —le besó con dulzura—. Piensa solo en mí, en nuestro amor...

Se amaron una vez más, entregándose mutuamente uno al otro, y

después, el cansancio los venció... en apariencia.

Keisho si estaba profundamente dormida. Pero no le sucedía lo mismo a su rubio amante, que fingía dormir. Y así, una hora más tarde, cuando estaba seguro de que la oriental no se despertaría. Donald se levantó, vistiéndose a continuación y, con mucha cautela, salió del edificio.

Era de noche, pero, aunque la bruma cubría las calles londinenses, no hacía tanto frío como las noches pasadas. Y las luces eléctricas permitían una visión decentemente buena.

Allí, frente al edificio donde él vivía, aparcado en la acera contraria, había un Ford rojo. Se acercó con tranquilidad y abrió la portezuela.

Oyó un gruñido y un bulto, solo visible por la luz interior que se encendió al abrir la puerta, se agitó en el asiento del conductor.

—Ya era hora —dijo Ted Rogers, mientras se desperezaba—. Tú pasándotelo bomba y yo aquí, muerto de frío.

—¿Has traído el equipo?

—Claro. ¿Crees que soy idiota?

Donald sonrió y dijo:

—No, sabueso, pero sí algo despistado.

—¡Encima eso!

—Dejémonos de tonterías y arranca.

Cuando dijo aquello ya estaba sentado dentro del coche. Ted puso el contacto y el motor rugió. Instantes después, las ruedas emitían un agónico chillido al patinar sobre el húmedo asfalto y el automóvil se desplazó a moderada velocidad por las nocturnas calles de Londres, en dirección al famoso río que cruza la ciudad, origen de las brumas que la cubren: el mundialmente conocido Thames o Támesis.

Media hora más tarde, estaban ante sus oscuras aguas y el coche quedó estacionado en un solitario lugar. Les dos salieron del flamante Ford, mirando a todos los lados, para después abrir el maletero, donde guardaban un interesante equipo.

Tanto Ted como Donald, protegidos por la niebla, se desnudaron con rapidez y se pusieron un traje de inmersión submarina, sin botellas de aire comprimido, y un cinturón lleno de bombas de mano. Una buena protección. Y además, Donald cogió otro instrumento muy útil.

—¿Por qué llevas eso? —preguntó el detective, mirando lo que su compañero intentaba colocar en el cinturón.

—¿El qué? ¿Los *nunchaku*? —tocó con delicadeza el arma oriental—. Soy *karateka,* pero no imbécil. Las «pifias» solo sirven para arrojarlas lejos. Si hay un combate cuerpo a cuerpo, no podremos utilizarlas. Por eso llevo los *nunchaku.*

—¿Sabes dónde está el barco de Ozawa? —Ted cogió los asideros magnéticos que había en el coche.

—Sí, fue fácil. Sólo tuve que preguntar...

El detective miró la pierna de Donald.

—¿Estás seguro de que te encuentras en condiciones de hacer el loco? Me refiero a tu pierna...

—No te preocupes. Ya casi no duele. Sólo cojeo un poco.

—Eso espero. No me gustaría que te dejaran seco de un plomazo por no saltar a tiempo. Porque puedes estar seguro de que habrá barullo.

—Lo sé.

No dijo nada más. Caminaron juntos hasta el río. Se hallaban cerca del embarcadero y las luces eran allí más potentes y lo iluminaban todo. Además, había vigilantes.

Eludieron las luces y a los vigilantes, acercándose cada vez más a su punto de destino: un barco llamado *Arashi, Tempestad*. Un barco al que pronto encontraron.

No era muy grande. Según un rápido cálculo de Donald, podía medir unos 25 metros de eslora y 8 de manga. En la proa, justo en la quilla, había una horrenda máscara de metal representando a alguna deidad japonesa, quizás el dios de los mares o algo así. Y a estribor estaba, grabado en negro, el nombre del barco, en japonés.

—¿Ese es?

—Sí, ese es. Ahí debemos entrar.

Sin perder más tiempo, se lanzaron a las oscuras aguas, siendo engullidos enseguida por el líquido elemento.

CAPÍTULO VI

Como suponían, las drogas no habían tenido tiempo de ser trasladadas, por lo que continuaban en el barco, pegadas magnéticamente al casco. Tenían pues, la prueba necesaria para aclarar todo aquello ante New Scotland Yard.

Siempre buceando, se colocaron a babor, donde no daban las luces portuarias y podían pasar desapercibidos ante las autoridades. Por allí, conseguirían llegar hasta la cubierta del *Arashi,* mediante las sujeciones magnéticas que llevaban.

Pronto llegaron a ella, escalando como moscas por el casco metálico del navío. No había nadie.

Pero Donald miraba desconfiado en derredor, con la mano derecha cerca del cinturón.

—Esto no me gusta —oyó a sus espaldas la voz de Ted Rogers.

—Comparto tus temores —susurró—. Todo parece estar saliendo demasiado bien.

No se equivocaba.

Pronto comprobó que sus temores estaban fundados. Justo cuando unas potentes luces iluminaron aquella sección de cubierta, quedando ellos cegados por los focos.

—¡Rápido! —gritó, empujando al detective—, ¡Ocultémonos!

Ted no se lo hizo repetir. Saltó como un gamo, saliendo del radio de acción de los focos, mientras Donald le imitaba.

Donald maldijo en las sombras. Un terrible dolor subió hasta su cerebro desde la pierna al esforzar los músculos desgarrados.

—¡Maldita sea! Se me ha abierto la herida.

—Deja de refunfuñar y tirémonos al agua. Sabemos lo que queríamos.

Se arrastraron en la oscuridad, evitando los focos, y oyeron pasos acercándose. Algo, una hoja metálica, brilló en la oscuridad.

Donald no quiso correr riesgos y se levantó, alcanzando la afilada *katana* con *Seiken-Chudan-Uchi-Uke*[14], desviándola hacia la derecha sin dificultad. Su puño, entonces, se disparó, golpeando en el *Kyusho,* o punto de *atemi,* llamado *Miken,* o frente. El golpe fue contundente... y terrible. El japonés que sostenía la *katana* se desplomó gravemente herido.

—¡Saltemos! —gritó.

Más hombres se acercaban, con evidentes intenciones, por las armas que esgrimían, que iban desde mortales *katanas* hasta contundentes *nunchaku* y cuchillos orientales. Afortunadamente, no tenían armas de

fuego, para no hacer ruido y atraer a los guardas del puerto.

Actuaban en silencio y con orden, rodeándoles. La luz volvió a enfocarles, justo en el mismo momento en que Ted Rogers se arrojaba por la borda.

Donald quedó solo, rodeado por belicosos japoneses duchos en las Artes Marciales, capaces de ensartarle como a una aceituna si les daba la espalda.

—Entréguese —dijo uno de los luchadores.

Como respuesta, Donald llevó la diestra al cinturón y sacó el *nunchaku,* haciéndolo voltear en sus manos y manteniendo alejados a los emboscados.

No tenía más remedio que atacar, procurando desperdigar a sus contrincantes lo suficiente como para saltar. Por eso movió el *nunchaku* en un ataque circular, arrebatando una *katana* de las manos de su dueño. Después, en el mismo movimiento, rompió la mandíbula de otro oriental que crujió de forma espeluznante.

—¡AAAAYYYAAAA...!

El *Kiai* brotó de él como surgido de su propia alma, paralizando durante unos instantes a los más cercanos a él, que intentaron parar su ataque demasiado tarde. Concentrándose en el combate, olvidando por completo el dolor lacerante que parecía desgarrar los músculos de su pierna, pareció convertirse en parte del *nunchaku,* que movía con endiablada rapidez, en sucesivos ataques, la mayoría de ellos mortales, que hacían estragos entre sus contrarios.

Una *katana* se dirigió hacia su cabeza, dispuesta a seccionarla por la mitad. Pero el *nunchaku,* o mejor dicho, su cadena, paró el ataque mientras su pierna derecha, la herida, machacaba la entrepierna del japonés que la blandía con una brutal *Kin-Geri* propinado con el empeine.

Después, el *nunchaku* se movió hacia la derecha, en un ataque directo que destrozó el *Jinchu,* punto bajo la nariz, muy vulnerable, de otro atacante, causándole la muerte instantánea.

Giró, alcanzando la sien de otro más con su arma. Pero no pudo evitar un golpe traicionero por la espalda en la nuca, que le sumió en una dolorosa inconsciencia.

* * *

Red Rogers logró escapar. Nadó hasta el muelle lo más rápido que pudo y allí esperó durante unos minutos, hasta que vio a algunos japoneses recorriendo el lugar. Tuvo que huir hasta el Ford y deducir que Donald no había logrado evadirse.

Pisó a fondo el acelerador, sin cambiarse de ropa, y recorrió todo lo aprisa que pudo las calles londinenses, saltándose semáforos en ocasiones. Así, llegó hasta la vivienda de Donald y, con ayuda de una ganzúa y de su

habilidad como forzador de cerraduras, logró entrar en el piso.

No intentó en ningún momento ser cauteloso, así que se metió directamente en el dormitorio, sin avisar siquiera.

Allí estaba Keisho.

Desnuda, sin una sábana siquiera que ocultase su bonito cuerpo.

Ted tuvo que admitir a la fuerza que las mujeres orientales, sobre todo aquella, son de una belleza fuera de lo ordinario. Pero no estaba allí para contemplar las gracias naturales de aquella muchacha.

Rápido, casi brusco, sacudió a la muchacha por los hombros.

—Keisho... ¡Keisho! ¡Despierta, diantre!

—Oh, Donald... Amor mío... —fue lo único que obtuvo.

Probó fortuna y momentos más tarde se oía un sonoro bofetón, seguido de un grito, mitad de dolor, mitad de sorpresa, mientras la joven oriental, con los ojos muy abiertos, intentaba en vano ocultar sus espléndidas formas de la vista del hombre.

—¡Ted! ¿Cómo se atreve?

—Bueno, algo tenía que hacer para despertarla...

—¿Y Donald? —miró en derredor, sin hallarle—, ¿Dónde está?

—Eso es lo que quería decirle, Keisho.

—¿Qué ha sucedido?

—Permítame explicárselo —rogó el detective—. Mientras, vístase. Esta noche va a ser muy agitada.

Keisho obedeció y, mientras tanto, Ted relataba lo sucedido.

—Verá: Donald tenía una idea de lo que hacer pero estaba preocupado por usted. No quería que nos acompañase hasta el *Tempestad,* uno de los barcos de su padre, que sospechaba sería el principal proveedor de droga. Por eso esperamos hasta que se durmiera y nos dirigimos al puerto. Pero nos esperaban. Un puñado de japoneses nos atacó y Donald no pudo huir.

Keisho, ya vestida con ropas cómodas, le miró asustada.

—¿No pudisteis usar las bombas? —preguntó, mientras sujetaba sus negros cabellos en una coleta para que no la molestasen.

—Las granadas eran solo para cuestión de vida o muerte —explicó el *pesquisa*—. Creíamos poder huir, pues nos hallábamos muy cerca de la borda. Por eso no las usamos.

—¿Qué crees que le ha podido pasar?

—Francamente, Keisho... no tengo ni idea. Pero temo lo peor.

* * *

Donald recuperó el conocimiento algo más tarde, aunque, naturalmente, él no tenía ni idea del tiempo transcurrido. Lo mismo podían haber sido unos minutos que días los sumidos en total oscuridad.

Estaba encadenado a una enorme ancla, en cubierta, en zona de babor.

Junto a él había tres hombres, todos con rasgos orientales. No todos eran japoneses; había uno coreano. Y uno de ellos llevaba una *katana* envainada.

El coreano le miró y se alejó, perdiéndose en algún lugar de proa.

—No me gustaría estar en tu pellejo, inglés —dijo uno de los japoneses, el que no iba armado.

—¿Por qué? —preguntó, en japonés.

—Parece ser que el jefe te conoce —sacudió la cabeza—. Y eso no es bueno...

—¿El jefe? Ah, te refieres a Kwan Shou, claro.

Sí, se refería a él, no cabía duda. Pronto vio su figura, rodeada por algunos de sus hombres, todos ellos expertos luchadores orientales, envuelta en un *judogi*15 amarillo verdoso con la señal del *Tao* grabada en la solapa izquierda.

Kwan Shou era un chino bastante delgado, pero poseía una gran habilidad con la *katana,* siendo un experto *kendoka. Lleva*ba su largo cabello negro recogido en un clásico moño oriental.

Sonreía, mostrando su fuerte dentadura, mientras su diestra se apoyaba en su enfundada *katana,* que se sostenía introducida en su negro cinturón.

—Nos volvemos a ver, Halloway —dijo.

—Así es, y no puedo decir que sea un placer —replicó Donald, mordaz.

—No, esté seguro de que no lo es. Pero me alegro de tenerle con nosotros.

—En calidad de prisionero, por supuesto...

—Por supuesto.

Un oriental, vestido de marinero, se acercó a Kwan y le habló al oído.

—Bien, bien. Me alegra oírlo —sonrió aún más—. Señor Halloway, tengo el placer de comunicarle que todo está listo para zarpar. Lo digo por si esperaba ayuda de su amigo evadido... el señor Rogers, si no me equivoco.

—No, no se equivoca —casi mordió las palabras el *budoka.*

—Bien, entonces zarparemos... ahora mismo —ordenó a sus hombres —. Mientras tanto, usted podría responder a algunas preguntitas.

—Si son hechas con educación...

—Naturalmente. Es usted mi invitado de honor y yo siempre soy muy educado con mis invitados.

—Es una suerte tenerle como anfitrión —sonrió Donald con ironía.

—¿Qué pretendía entrando aquí de esa forma?

Donald fingió sorprenderse.

—¿De qué forma? Yo estaba dando un paseo cuando estos energúmenos se me echaron encima.

La sonrisa se borró del rostro de Kwan Shou.

—No se burle de mí, Halloway.

—¿Cómo puede pensar que me estoy burlando de usted? Yo también soy un caballero.

La *katana* salió veloz de su funda, impulsada por la experta mano del *kendoka* y se apoyó en la garganta de Donald, sintiendo este el frío metal presionando en su carne.

—Es la segunda vez en pocos días que me sucede algo parecido —recordó el *karateka* con una sonrisa—. Ya estoy acostumbrado.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Kwan Shou ante la sorpresa de Donald.

—¿Los demás?

—No se haga el tonto. Sabe de lo que hablo. ¿Dónde están Simpson, Ozawa y los demás?

—¡Ah, ellos! —soltó una sonora carcajada que fue ahogada con un puñetazo de uno de los sicarios japoneses.

Escupió la sangre.

—Educación... ¿Qué sabrán de eso las hienas sarnosas?

—No me hacen mella sus burlas.

—Pues ojalá fueran puñetazos...

—No tengo mucha paciencia.

—Pues métase en un templo.

Otro puñetazo le arrancó un gemido.

—¿Por qué se reía?

Donald recuperó el aliento.

—Pensaba en su destino.

—¿Mi... destino? ¿A qué se refiere? ¿Otra burla?

—Ojalá supiera dónde los entierra... —murmuró.

—¿Qué dice?

—Que me gustarla saber dónde están enterrados sus compañeros de crímenes para llevarles un ramito de flores.

—¿Qué quiere decir?

—Que lo único que queda de sus amigos son sus *fiambres.*

Kwan Shou miró a sus hombres.

—¿Muertos?

—Y tiesos.

Apretó más la *katana,* dominándose a duras penas, mientras se encendían los motores del *Arashi* y comenzaban a alejarse del embarcadero.

—¿Fueron usted y sus amigos...?

—Nos conoces demasiado bien para pensar tal cosa —dijo Donald—. No fuimos nosotros. En realidad lo que comenzamos a investigar fueron las desapariciones. No teníamos ni idea del contrabando.

—Entonces... ¿Cómo sabes que están muertos?

—Hablé con el asesino.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Pero entonces yo no sabía que estaban muertos. Me lo dijo después, con un mensaje. En él decía que era el asesino.

Kwan Shou le miró con recelo.

—Si no fuera porque conozco cómo sois pensaría que vosotros los matasteis.

Donald pareció no oírle.

—¿Qué pasó en 1970?

—¿En 1970? —se sorprendió el *kendoka,* al mismo tiempo que enfundaba su *katana.*

—Sí, en Japón.

—No recuerdo —sacudió la cabeza—. ¿Por qué?

—¿Tampoco recuerdas?... un *ninja?*

El rostro de Kwan Shou se tornó lívido.

—¿Un... *ninja?* —retrocedió un paso, impresionado, ante la mirada de sus hombres—. ¿Qué quieres decir? ¿Cómo sabes...?

—Entonces... es verdad.

—¿Qué?

—Todas mis sospechas, Tú y esos hombres incurristeis en la cólera de los *ninja.*

Hubo murmullos temerosos entre la tripulación. La palabra *ninja* infunde gran respeto entre los orientales, sobre todo entre los supersticiosos.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo *él.*

—¿El? ¿Quién?

—El asesino, el *ninja* que te busca... y *no parará hasta ver cumplida su venganza.*

* * *

—Han zarpado —gimió Keisho, mirando a Ted.

—Sí, el *Tempestad* se ha marchado hace, aproximadamente, un cuarto de hora —les informó uno de los vigilantes.

—¡Maldición! —masculló el detective, mientras se alejaban—. No tenemos otro remedio que informar a la policía.

—¿Nos creerán?

—No lo sé —se sinceró Ted—. El asunto es muy lioso.

—Bueno, por lo menos lo intentaremos —se enjugó algunas lágrimas —. ¡Dios mío! Primero mi padre y ahora... ahora...

Rompió a llorar, mientras Ted, mordiéndose el labio inferior, abría la

portezuela del Ford.

—Las lágrimas no arreglarán nada.

Se volvieron, sobresaltados. La voz había surgido de las sombras.

—¿Quién... quién anda ahí? —preguntó Ted, nervioso, mientras llevaba la mano a su revólver.

—Alguien que no os desea ningún mal. No a vosotros, cuando menos.

Las tinieblas parecieron separarse para dejar libre a la oscura figura que se ocultaba en ellas. O quizás lo que pasó es que el enigmático personaje sencillamente se acercó a ellos, como un fantasma, sin producir el menor sonido en la asfaltada calle.

—¡Tú! —reconoció Keisho al siniestro personaje.

Algo parecido a una risa flotó en el aire y el *ninja* se acercó aún más a ellos, despreciando el peligro que suponía el pavonado revólver de Ted Rogers, que le apuntaba directo a la encapuchada cabeza.

Un largo sable japonés, seguramente una afilada *katana,* pendía en su cinturón, metida en su funda, y era el único arma que parecía llevar. Pero Keisho sabía que aquellos hombres, los legendarios *ninja,* eran arsenales vivientes.

—Queda detenido por asesinato —avisó el detective, con el arma amartillada—. Keisho, llama a la policía.

La morena japonesa no tuvo tiempo ni de moverse. Ella y el detective quedaron paralizados al ver que la pistola escapaba de la mano de Ted como algo producido por brujería. Pero Keisho intuyó enseguida la verdad.

—Un *shuriken.* ¡Maldito!

Intentó atacar pero desistió de su empeño al ver la *katana* que parecía haber surgido de la nada en las manos del *ninja.*

—No vine para pelear —habló el guerrero de negro—. Cierto que soy un asesino según vuestras leyes... y comprendo que me odies, muchacha. Pero las leyes occidentales no entran dentro del código de honor de un *ninja.* Para mí solo existe la venganza... y Kwan Shou. Vosotros también buscáis a ese asesino, aunque por distinta razón.

—¡Tú también eres un asesino! —chilló Keisho—. ¡Mataste a mí padre!

—Así fue, pero por una venganza, Él también era un asesino, aunque tú no lo creas. Y no mataba por venganza o por honor, sino para mantener sus bienes materiales.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Ted.

—Sé que vosotros perseguís a Kwan Shou. Y ahora con más ahínco, pues tiene prisionero a Donald Halloway...

—¿Prisionero? —se iluminó el rostro de Keisho—. ¿Está vivo?

—Sí, está vivo. Pero supongo que lo estará pasando mal. Por eso deseo que nos unamos en esta empresa. Hay muchos hombres en el *Arashi,* todos

ellos expertos luchadores, y se parados sucumbiríamos. Pero juntos... tendríamos una posibilidad.

—¿Nos pides... que nos aliemos?

—Así es. Sólo hasta que termine mi venganza y Halloway esté libre. Después... reanudaremos lo que aquí empezamos y vosotros intentaréis cazarme, aunque de antemano os aviso que no lo conseguiréis... vivo. Pero ese es el futuro. Ahora nos interesa el presente. ¿Qué opináis?

—Por mí... de acuerdo —se encogió de hombros el detective.

—Está bien —también aceptó Keisho—. Pero después... te mataré.

—Lo veremos, niña. Lo veremos —dudó el *ninja,* envainando el sable —. Por ahora, necesitamos un vehículo que nos lleve hasta el *Arashi.*

—Una lancha sería lo ideal —comentó Ted—, pero no tenemos.

—Entonces... la robaremos.

* * *

—¡Mientes! —rugió Kwan Shou, llevando la mano de nuevo hacia la *katana*—. ¡Todo aquello era mentira! ¡No existen los *ninja*!

—Te mientes a ti mismo —pareció compadecido el *karateka*—. Sabes que es verdad.

Kwan Shou golpeó con el mango de la *katana* en los testículos, obligándole a caer y revolcarse de dolor.

—¡Preparad cuerdas! —ordenó a sus hombres—. ¡Dejaremos que lo destrocen las hélices!

Donald, pese al dolor que parecía destrozar su entrepierna, se estremeció ante la idea de morir cortado en lonchas por las hélices de un barco.

Los japoneses se dieron prisa en cumplir las órdenes, temerosos de sufrir la desatada cólera de su jefe, y trajeron las cuerdas con rapidez. Después, le ataron fuertemente, sin quitarle las cadenas, y le engancharon a una grúa que era utilizada para desembarcar las mercancías declaradas en el barco.

Le elevaron unos metros.

Fue entonces cuando alguien gritó:

—¡Una lancha a babor!

Debajo, se oyó una horrible maldición, procedente sin duda de los labios de Kwan Shou. Aquello alteraba de momento sus planes, por fortuna para Donald Halloway, que se vio bajado con precipitación para que no se le viese.

La lancha, con motor fuera borda, se acercaba a gran velocidad a la *Arashi*. Pero, para gran sorpresa de Kwan Shou, que miraba con unos prismáticos... ¡Nadie la tripulaba! ¡Iba sola hacia el barco!

Una sospecha pasó por su mente con la velocidad de un relámpago.

—¡Virad! —gritó a sus sicarios orientales—. ¡Esquivad esa lancha!

Sus órdenes fueron obedecidas. Pero la lancha se encontraba demasiado cerca para lograr eludirla por completo.

No pudieron evitar el impacto. Ni tampoco la enorme explosión que sobrevino inmediatamente después y que zarandeó la *Arashi,* al mismo tiempo que abría un tremendo boquete en el casco del navío, que comenzó a hacer agua.

«Explosivos —pensó Donald, imaginándose a los autores del hecho—. Ted... Keisho...»

Había gran revuelo en el barco. Y un enorme griterío. La mayoría de los tripulantes corrían para achicar agua.

Sólo unos cuantos y el propio Shou se quedaron rodeándole.

—¡Tú —llamó a uno de sus luchadores, un vietnamita, a juicio de Donald prepara las barcas de salvamento! Los fuegos artificiales atraerán a las autoridades.

Cuando el vietnamita se fue, Kwan Shou miró con desprecio al joven *budoka.*

—Seguramente son tus amigos, Halloway —dijo—. Pero no te alegres. No me pillarán. Ni, por supuesto, te rescatarán entero.

Alzó la *katana* con las dos manos, dispuesto a abatirla sobre el cráneo de Halloway, que comenzó a sudar copiosamente al ver sobre él aquella cortante amenaza.

—¡Alto, Kwan Shou!

Sorprendido, el *kendoka* chino giró sobre sí mismo, para enfrentarse al origen de la voz. Sus ojos se desorbitaron al ver ante él aquella oscura y misteriosa figura.

Tras la capucha que tapaba el rostro del *ninja,* dos frías pupilas relampaguearon con algo parecido al odio.

—Al fin, Kwan Shou. Al fin estamos frente a frente.

Sostenía en sus enguantadas manos el frío acero de una *katana.* Un acero que parecía tan sedienta de sangre como su dueño. Sangre de Kwan Shou.

—¡No, no puede ser! —el terror se apoderó de él—. ¡Matadle, matadle!

Durante un instante, sus esbirros titubearon, sin saber qué hacer. Y al momento siguiente, ya no podían hacer nada pues dos nuevas figuras empapadas de agua, como el propio *ninja,* aparecieron a cada lado del grupo.

Keisho no llevaba armas y se hallaba en el flanco derecho con *Seiken,* es decir, con los puños cerrados, Ted, en cambio, llevaba en su diestra el revólver de cañón corto, apuntando a los orientales.

—Recordad... que Kwan Shou es mío —silabeó el *ninja.*

Avanzaron, siempre alerta.

Keisho —oyó ruido a su derecha y giró, justo en ese momento, un oriental armado con un cuchillo curvado se le echaba encima, con el arma en alto. No resultó un grave problema para ella, pues se deshizo de él con relativa facilidad, parando la cuchillada con *Jodan-Uke*[16], contraatacando con *Jodan-Mac-Hiji-Ate,* o codazo frontal, que alcanzó al oriental en la base de la nariz.

Mientras, Ted desarmaba a otro de un balazo en el hombro.

El *ninja* no parecía ver a nadie más que a Kwan Shou, a pesar de que la lucha, una lucha a muerte, se había organizado dentro del barco y salían más asesinos a cubierta, armados hasta los dientes.

Keisho usó sus conocimientos sobre el *Judo* para librarse del ataque de un compatriota suyo, al que dejó inconsciente tras la proyección en *Uki Goshi* que le lanzó a los pies de la joven.

La mano armada del *ninja* se movió velozmente de dentro afuera, seccionando el cuello de un luchador que osaba lanzársele encima. Su cabeza rodó por cubierta dejando una estela sangrienta.

—¡Ahora, Kwan Shou! —gritó, al mismo tiempo que saltaba con gran agilidad y potencia sobre el asesino chino y emitía su *kiai*—. ¡EEEEIIIIAAAAA...!

Kwan Shou apenas pudo parar el ataque del *ninja* con su propio acero. Sólo su experiencia en los combates le salvó.

Y, mientras ambos espadachines se enzarzaban en mortal combate, Keisho se acercó a Donald e intentó desatarle con frenesí, rompiéndose varias uñas en la intentona. Pero, al fin, lo logró, aunque quedaban las cadenas que aprisionaban sus muñecas.

—Amor mío... —se abrazó a él.

—¡Cuidado! —la arrojó bruscamente al suelo, al mismo tiempo que levantaba las cadenas y paraba con ellas un ataque de *katana.* Después, su pie derecho se estrelló en la nuez del agresor, causándole una muerte instantánea.

—¡No! —gritó la joven, con la vista fija en otro sitio—. ¡TEEEEEDDD...!

Donald miró a su amigo. Una hoja de acero salía por su pecho, bañada en sangre, clavada a traición por un vil asesino. Su muerte fue fulminante. Probablemente, no sintió nada.

Pero, aunque la pena y el furor mordieron los corazones de ambos jóvenes, el mayor afectado fue el *ninja*. Estaba atacando en ese momento y se paró al ver aquella muerte.

Un grito de rabia salió de sus ocultos labios y de sus dedos escapó algo, una relampagueante estrella de metal que se clavó con saña en la garganta del asesino oriental, en un baño de sangre que llenó una gran porción de cubierta.

—Otra muerte, Kwan Shou —silabeó furioso el oscuro guerrero—. Pero será la última.

Paró el ataque del chino con su brazo, golpeando hacia arriba y a la derecha la muñeca del asesino, que se vio de pronto con su arma inutilizada y no pudo hacer nada salvo morir atravesado por el sable de su enemigo.

Cayó como un fardo a los pies del *ninja,* con la *katana* desgarrando los músculos de su interior. Pero él ya no lo sentía.

Keisho se acercó al cadáver de Ted Rogers, constatando su muerte con su ahogado llanto. Después, arrebató las llaves al muerto Kwan Shou y liberó a Donald.

Se abrazó con fuerza a él, llorando sin parar. No podía ver que también los ojos de su amante estaban húmedos.

Donald apartó de sí a Keisho dulce pero firmemente y se acercó al *ninja,* que se alejaba cabizbajo.

—*Ninja...*

El aludido se volvió. No había recuperado su *katana.*

—No me sigas, *budoka. Termi*nó mi venganza. Déjame pues en paz.

—¿Dónde vas?

—A cumplir mi destino —fue su respuesta y, sin que Halloway se lo pudiera impedir, sacó de sus oscuros ropajes un cuchillo.

Ante los horrorizados ojos de los dos jóvenes, el misterioso *ninja* efectuó el sagrado rito del *Hara-Kiri,* clavándose hasta la empuñadura la afilada hoja de acero. Cayó de rodillas, sangrando abundantemente por la atroz herida que atravesaba su estómago.

—¡No! —gritó el *karateka*—. ¿Por qué...?

Le sujetaba, impidiéndole caer, arrodillado junto al *ninja.* Para facilitar su respiración, le arrebató la capucha. Una cas cada de largos cabellos rubios quedaron sueltos.

—¡Kristie! —gritó Donald, al reconocerla.

La joven y bonita administradora del *Kami*, Kristie Dogan, sonrió tristemente entre los fuertes brazos del *karateka.* Al mismo tiempo, Keisho se acercaba, horrorizada ante la revelación.

—Dios mío... —gimió.

—Donald... —llamó la joven, ya moribunda—. Perdóname.

—¿Perdonarte, Kristie? ¿Por qué?

—Porque, sin vosotros quererlo, os metí en este asunto... —se agitó dolorosamente—. Dioses, duele...

Donald miró a Keisho.

—Todos los tripulantes se han marchado —informó la joven.

—Entonces, busca una radio, un transmisor... lo que sea. Está grave.

Keisho se marchó corriendo, aunque no hacía falta. Ya en la lejanía se oían sirenas acercándose, atraídas por la explosión.

—Ya no hace falta, Donald... —sonrió Kristie—. Voy a morir. Así debe ser. No podía dejar... que me pillase la policía. Sería... traicionar el código de honor del *Ninja.*

—¿Por qué, Kristie?

—Todos ellos... eran asesinos —respondió ella—. Cometieron muchos crímenes... en el Japón, hace diez años, cuando ellos, unos aventureros sin escrúpulos, se unieron para el contrabando. Mi... padre adoptivo, un anciano japonés, trató de impedirlo. Sólo halló la muerte en el sable de Kwan Shou y como única tumba tuvo un nido de hormigas. Yo... juré venganza.

—Pero... ¿De verdad eras un... una...?

—¿Un *ninja?* —casi rio, a pesar de estar agonizante—. Sí, lo era. Un amigo de mí padre... pertenecía a una escuela secreta de *Ninjitsu* y, sabiendo mi sed de venganza... me enseñó. Después vine a Londres y me metí en el *Kami* al saber que tenías por cuñado a Simpson —respiró hondo —. ¡Donald!

—Aquí estoy —apretó con fuerza su mano, notando que se enfriaba poco a poco.

—Me muero... —por un momento, dejó de ser un estoico y sanguinario *ninja* y fue una mujer asustada ante la idea de la muerte. Pero solo fue un momento. Después, expiró en los brazos de Donald Halloway.

El *karateka* la soltó con cuidado y se irguió, mordiéndose el labio inferior.

Keisho volvía en ese momento y miró con lástima el cadáver de Kristie Dogan, la misteriosa mujer-ninja, Donald cogió su mano.

La policía no tardó en abordar el *Arashi.*

F I N

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROTAR DE NUEVO.

LA CALVICIE SUPERADA.

EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARHSALL, RENOMBRADO BIOLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marhsall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince dias ya apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

(Continúa en la página siguiente

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

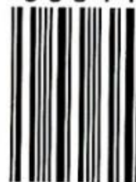
DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5





EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona

Precio en España
60 ptas.

Impreso en España

Notas

[←1]

En japonés: ¡Comenzad! (N. del A.)

[←2]

En japonés: ¡Alto! (N. del A.)

[←3]

Combate. (N. del A.)

[←4]

Patada circular en salto (N. del A.)

[←5]

Consiste esta proyección en, sin soltar la presa, girar sobre sí mismo dando la espalda al contrincante y cargarlo sobre la espalda, colocando el codo bajo la misma axila del oponente, para después tirarlo con fuerza por encima. (N. del A.)

[←6]

Lugar donde se practican las Artes Marciales. (N. del A.)

[←7]

Verídico. Las clases de karate son exactamente tal y como aquí se describen, (N. del A.)

[←8]

El karate solo posee 5 Dan o grados. (N. del A.)

[←9]

Patada dirigida a la entrepierna. (N. del A.)

[←10]

Golpe con el filo de la mano. (N. del A.)

[←11]

Patada lateral. (N. del A.)

[←12]

Traducción literal de la palabra *Karate* (N. del A.)

[←13]

Palabra japonesa que sirve para designar el camino, la vía espiritual. (N. del A.)

[←14]

Blocaje efectuado con el puño de dentro afuera, iniciando el movimiento en el pecho. (N. del A.)

[←15]

Atuendo utilizado en la práctica del judo. (N. del A.)

[←16]

Parada alta. (N. del A.)